

La Esfera



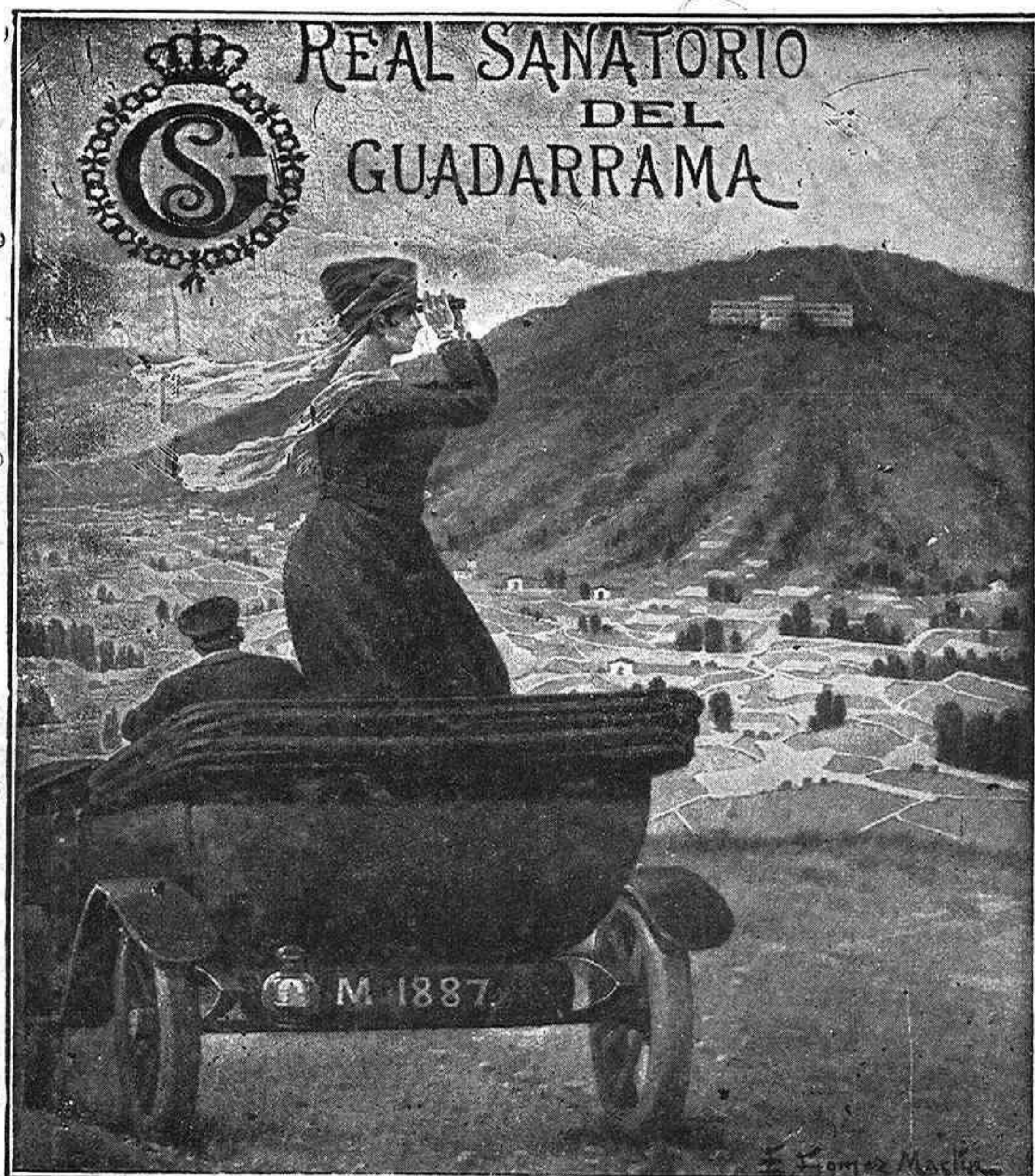
9 MAY 1920

Año VII Núm. 331

Precio: 60 cénts.



LA COSTURA, cuadro del pintor alemán Hermann Seeger



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
 Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
 Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, **D. Luis Gonzaga Martínez**,
 COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.



JOYERIA Y PLATERIA
 Gran surtido en objetos para regalos
FERNANDEZ Y VEIGA
 Esparteros, 16 y 18.—Teléf.º M. 2.529.—Madrid

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐

"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono 5-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	30 pesetas
» »	Seis meses.....	18 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL.....	Un año.....	35 »
»	Seis meses.....	20 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año.....	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año.....	22 »
»	Seis meses.....	12 »



CABALLERO
COGNAC

CAMARA-FLO

En todo
tiempo

y a todas
horas



Hipofosfitos Salud

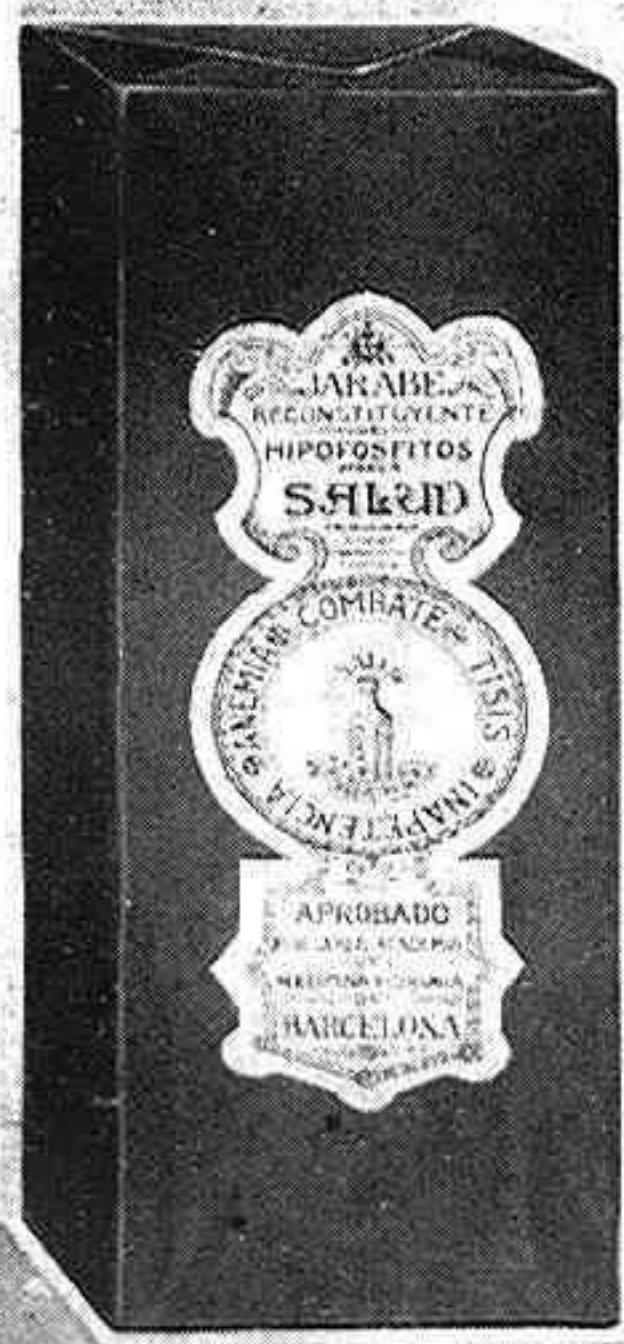
CONVÉNZASE USTED

La satisfacción de vivir es la consecuencia inmediata de un organismo sano. Con este poderoso antianémico volverá el color sonrosado á sus mejillas, **aumentando el apetito** y fortificando el **SISTEMA NERVIOSO**. Sus efectos son rapidísimos, proporcionando la deleitosa sensación de una nueva vida.

Aprobado por la Real Academia de Medicina

Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior
HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.

En la Argentina, "HIPOFOSALUD"



HELIO

Agentes para la venta.—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.ª, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* Martini Drug Cº Inc. P. Moraga, 29. Tel. 535, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madieto, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* F. García Castelló, Avenida República El Salvador, núm. 50, Méjico.

La Esfera

Año VII.—Núm. 331

8 de Mayo de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL MARINO MERCANTE

Fragmento de la escultura de Mateo Inurria que forma parte del monumento
á Alfonso XII

FOT. SEKRANO

RECUERDOS

La estancia en España de la Emperatriz Eugenia, nuestra compatriota egregia, y la fecha del 5 de Mayo, día en que la ilustre y venerable dama ha de cumplir los noventa y cuatro años de su nacimiento, dan intenso interés de actualidad á su figura soberana, una de las más notables del pasado siglo. Gran espacio y tiempo fuera menester para reflejar sólo en boceto los sucesos culminantes de la vida de esta Princesa, que intervino con augusta dignidad y brilló con belleza imponderable en el trono de Francia, durante el último y glorioso período de su historia.

Mas entre los diversos episodios y amarguras de tan larga vida, destácanse con tonos deslumbradores de apoteosis, que únicamente parece pudiera forjar la fantasía ó la leyenda, aquellas fiestas que precedieron á su matrimonio, y la ceremonia fastuosa con que fué celebrado éste en la Basílica de Nuestra Señora de París, el 30 de Enero de 1853.

En el otoño anterior, el Príncipe Presidente—como se llamaba todavía á Luis Napoleón, por no haberse realizado aún el plebiscito que había de restablecer el Imperio—; el Príncipe Presidente, á su regreso de un viaje triunfal por el Mediodía de Francia, halló de nuevo en París á la condesa de Montijo y á su hija, Eugenia de Guzmán, cuya belleza en todo su esplendor había cautivado siempre al futuro Soberano.

La vuelta de Luis Napoleón á París, y el éxito de su viaje, solemnizáronse con suntuosas fiestas, y en todas ellas sobresalía entre la brillante y aristocrática concurrencia, por su hermosura y elegancia, la noble española. A principios de invierno, cercana ya la fecha del plebiscito señalado para el 21 y 22 de Noviembre, Luis Napoleón organizó unas cacerías en Fontainebleau, y entre el reducido número de invitados figuraban la condesa de Montijo y su hija. En aquel cuadro incomparable, formado—según dice un escritor—por dos obras maestras del Arte y la Naturaleza, el palacio y el bosque, la gentil silueta de Eugenia de Guzmán encontró adecuado marco á su hermosura, y su carácter afable, su clara inteligencia y su distinción suprema, mostraron al Príncipe lo justo y acertado de una inclinación, que iba dominando su voluntad y que nadie aún sospechaba. El 14 de Noviembre, uno de los días pasados en Fontainebleau, como vispera de su santo, Eugenia de Guzmán recibió del Príncipe, con sus votos de felicidad futura, un ramo de flores y un hermoso caballo, que había sido montado por ella la tarde anterior durante una cacería, en la que, como valiente amazona, había demostrado gran destreza, realzada con su singular hermosura. Celebrado el plebiscito que restauraba por voto nacional el Imperio de Francia, el 1.º de Diciembre de 1852 los Cuerpos Colegisladores ofrecían solemnemente al Príncipe el título de Emperador, y Napoleón III revistaba al día siguiente en París á su ejército, evocando el brillante y marcial desfile todas las glorias y entusiasmos del primer Imperio.

La condesa de Montijo y su hija, con otras muchas personas distinguidas, presenciaron desde



La Emperatriz Eugenia en su juventud

los balcones de las Tullerías tan magnífico espectáculo, y cuando terminado éste, el Emperador subió al Palacio para recibir el saludo y homenaje de sus invitados, Eugenia de Guzmán pudo comprender, al ofrecer el suyo, que si los sueños de orgullo y ambición del Príncipe estaban satisfechos, los deseos íntimos de ventura que su espíritu anhelaba sólo ella podía cumplirlos. Las célebres series de Compiègne fueron inauguradas pocos días después; sólo cuatro días se proyectó que durara la primera, y duró

Montijo conocía la pasión que había inspirado á Napoleón III, y estaba dispuesta á compartir su suerte, dichosa y segura al parecer de entonces, porque el Imperio comenzaba su segunda época envuelto en la aureola de un glorioso pasado, que había de perpetuarse en la paz interior y exterior que se creía asegurada. Convocados los Cuerpos legislativos y el Consejo de Estado para concurrir á las Tullerías el 22 de Enero, Napoleón, en un vibrante y sincero mensaje, les da á conocer oficialmente sus propósitos y esperanzas, participándoles su elección.

Desde aquella fecha, no ya en París, en toda Europa, el casamiento del Emperador y la figura, retrato é historia de la futura Emperatriz, preocupan en primer término al mundo entero. Desde aquel día también la condesa de Montijo con su hija se trasladan al Elíseo, y en la semana escasa que transcurre hasta el matrimonio, Napoleón III acude diariamente á visitar á su prometida. El 29 de Enero tiene lugar el matrimonio civil en las Tullerías con inusitada pompa y brillantez. Y al día siguiente, la ceremonia religiosa, la inolvidable y radiante mañana en que saliendo del Elíseo llega á las Tullerías, siendo recibida ya como Soberana; la salidad nuevo para dirigirse á Nuestra Señora, y la aparición fantástica, deslumbradora, de aquella carroza de oro, de cuyo fondo, cual perla en su estuche, destácase la ideal figura blanca, de pálida albuza sobrenatural, envuelta en encajes que semejan nubes, y que va á postrarse ante Dios para ofrecer su vida, una vida larga, que ha conocido todas las grandezas y pesares, triste en su ocaso, pero cuyo arriño señorial de Soberana, de mujer cristiana y española ha de morir con ella limpio y noble.

MARICRUZ

Abril 1920.

Último retrato de la Emperatriz Eugenia, hecho recientemente en Sevilla
FOT. ALFONSO


 LOS EPISTOLARIOS DEL CINE...
 


ESA movilidad ininterrumpida de la película acaba de suspenderse; pero su fijeza conserva un algo indefinible que delata la procedencia cinematográfica de la escena. Supongamos una foto que represente á una *girl* en su *boudoir*, y en actitud de meditar sobre una carta comenzada. Podría ser lo mismo que el trozo de *film* que ilustra esta página, y, sin embargo, no tendría igual expresión. ¿A qué obedece la extraña y peculiarísima, digamos personalidad, de la fotografía en el *cine*? Desde luego, á su exaltación vital, en contraste con los retratos y vistas de las vitrinas de los profesionales del objetivo. «Bien—dirá alguien—¿cómo se ven las cosas en la espantosa, el ímpetu y... de la cinta cinematográfica. Sin embargo, más que difícil, imposible, confundir la... que constituye el orgullo de nuestro álbum del Kodak, con la imagen vibrante en el lienzo...»

Entonces hay que buscar otras causas á la inequívoca caracterización de las películas. El tema se presta á largas y prolijas observaciones. Nos limitaremos en esta crónica á señalar las de más bulto. Y, por de pronto, indicaremos, como distintivo peculiar, la riqueza de utensilios, la realización de ambientes y decorados.

Nadie ignora cómo el circo de los payasos y la *écuyère* llegó á especializarse en el cultivo de unas músicas sensibleras, adormecedoras, de sonsonete melancólico y dulzón. A lo mejor, en cualquier sitio y tiempo, lejos de la pista, sonaba una de esas tocatas, y hasta las gentes menos imaginativas, al punto sentíanse trasladadas al pabellón con trapecios, caballos amaestrados y excéntricos humoristas.

De igual manera, el cinematógrafo se ha apropiado ciertas particularidades de la existencia moderna, ya representativas del *film*. Por ejemplo: los hoteles blancos con las verjas negras, esa cosmopolita arquitectura de los ricos. Y el mar, con sus cabrilleos y efectos de luna. Y el mobiliario, impecable en su suntuosidad sin estilo. Y las puertas disimuladas en los muros. Y los *autos*, teatrales por aparatosos... Claro está que no todas las películas coinciden en sus rasgos definidores... Cada país resalta por un diverso estilo, y así el cinematógrafo parisiense nos proporciona sentimentalismos y parajes refinados por un pasado de arte; en tanto el neoyorkino alardea con sus juglerías, mecánicas y trucos policíacos... Pero también en las músicas del circo se diferenciaba la que arrullaba al malabarista y la que estimulaba á los corceles en sus saltos de obstáculos de salón...

El *cine* es el gran refugio consolador de tantas y tantas nostalgias ambiciosas de los días actuales: la de los viajes, la de una vida complicada en apariencia, la de la fastuosidad y la del triunfo rápido y total. Desde su butaca de precio modestísimo, con el auxilio del sexteto lánguido, cree la burguesita y piensa el muchacho de gabardina y reloj de pulsera, que son ellos quienes experimentan todas las peripecias que se desarrollan en el telón. Acaso se debe la sugestión á la falta de palabras en los personajes, circunstancia que no se da en el teatro, y que obliga al espectador á una especie de colaboración con los actores mudos, á poner de su parte un elemento casi creador. Y de ahí viene lo demás. Porque nada más fácil, una vez convencidos de que intervienen en el drama, que el que las anónimas criaturas del gran público se crean

poseedores y árbitros de todo cuanto constituye el aparato escénico, de ese conjunto de muebles, *bibelots* y comodidades nuevas, que son una de las aspiraciones contemporáneas. Los organizadores de películas procuran antes que nada halagar tal sensualidad de sus devotos. Apostamos á que si los acostumbrados episodios del *cine* se desenvolviesen sin su opulencia de menaje, no se aceptarían como ahora, aunque subsistiese la intensidad de la obra. Y así, por el contrario, llegan á producir ilusiones encantadoras. La señorita, preocupada por problemas mediocres, suspira por sufrir á causa de alguno que pudiese resolver encerrándose en una habitación confortable, teniendo á su disposición criados decorativos, derrochando el oro. Es como el caso de un bohemio amigo nuestro, que exclamaba: «¿Cuándo resolveré mis preocupaciones ayudándome con el humo de un habano, en vez de que lo principal de mis inquietudes sea la adquisición de un puro peninsular?»

Esta *girl* que aparece en esta página reúne todas las condiciones indispensables de la cinematografía. Rubia, bella, con una bata deliciosa, en un camarín ideal—de una idealidad burguesa—, con su búcaro de flores... Se dispone á escribir una carta... La escribirá de prisa, sin tiempo de trazar los renglones que luego habrá de leer el público durante un largo rato... Y para que no falte nada en la epístola femenil, habrá sus correspondientes errores gramaticales, á cargo del traductor de los títulos; los pintorescos títulos en un macarrónico español, otro de los distintivos del *cine*.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

FOT. ARTCRAFT

MADRID



LOS LABIOS

(CUENTO DE AMOR Y DE CIENCIA)

TIRÓ el sombrero con rabia sobre una silla. —¡Bestia! ¡Más que bestia! —repitió. Y contemplándose en el espejo del armario, vió su rostro demacrado, sus ojos hundidos y su pelo lacio. ¡Una ruina de hombre!

—Esto no puede continuar—exclamó, arrepentido—. Es la hecatombe fisiológica, moral y económica.

Era la hora del arrepentimiento; la luz mortecina de una mañana lluviosa penetraba por el balcón.

Cerró las maderas, encendió la luz eléctrica, y, desnudándose rápidamente, se metió en la cama, estremeciéndose al sentir el contacto de las sábanas frías.

Apagó la luz; quería dormir, olvidar lo hecho. ¿Olvidar? No; era preciso recordar y aborrecer; acabar con aquella pasión que le agotaba, que le consumía las fuerzas, tan necesarias para luchar en la vida.

Se sentía vencido. El, maestro de energía; vencedor de todos los obstáculos que la adversidad pusiera en su camino; triunfador de las privaciones, de la miseria; dueño siempre de su voluntad—una recia voluntad que todo lo arrollaba—y ahora, cuando comenzaba á recoger los frutos de su vida laboriosa, formado ya una envidiable reputación médica, llegando á las mismas puertas de la Gloria y la Fortuna, se le atravesaba aquella mujer, aquella tontuela, que le rendía, le dominaba y jugaba con él como con un kiriki.

—¡Basta, basta!—murmuraba con furia, apretando los dientes—. Esto se acabó, se acabó para siempre. No volveré á ver más á Lina; no me dejaré sugestionar más por sus labios de dulzura satánica.

¡Oh, los labios de Lina! ¡Rojos, gordezuelos, aterciopelados, que al rozarle producían en su sistema nervioso una gama de impresiones que nunca halló explicada en sus doctos libros de Medicina!

—Qué estupidez — pensaba —. ¡Por unos labios, por un tejido mucoso, lleno de glándulas, de secreciones!...

Y poco á poco fué evocando la visión anatómica de los labios muertos que cortara despiadadamente en la sala de disección; después recorrió con la imaginación los órganos, las vísceras del cuerpo humano, tan admirables en su funcionamiento, tan grasientas en su tacto, tan repugnantes en su aspecto.

¡Oh el cuerpo humano! ¡el cuerpo de Lina! ¡Miseria! ¡Podredumbre! Y por una cosa tan sucia, tan repulsiva, se veía arruinado, vencido...

El calor illo de la cama iba atrayendo al sueño. En el cerebro del joven doctor parecían borrarse las ideas, y sólo quedaba como una nube enorme, cárdena, siniestra, que en un confín lejano comenzaba á iluminarse tenuemente, como en el claror de aurora.

Sobre aquella luz veía una palabra que, ya en

estado subconsciente, comenzó á repetir. «¡Redención», «redención», «redención...»! La última sílaba quedó convertida en una sonrisa de esperanza al pasar por sus labios, que inmovilizó el sueño con la caricia de sus alas blandas y silenciosas.

ooo

Despertó alegre, haciendo frases.

«Analizar el amor es hacerle una operación quirúrgica que casi nunca resiste.»

Rió la ocurrencia. La frase no pasaría á la Historia, pero el contenido era una verdad profunda. Como que en él estaba su plan curativo, su plan novísimo, infalible.

—¡Qué torpe! No haberseme ocurrido antes, y ahora, en un sueño... — Se miró al espejo; se examinó bien la lengua, los ojos; se tomó el pulso. —Esto no es nada — dijo, como si hablase con uno de sus enfermos—. Degeneración psíquica episódica. Pronóstico grave, ciertamente; pero cuya gravedad desaparecerá rápidamente con el moderno, con el maravilloso tratamiento ideado por mí. ¡Ea, comencemos la curación!

Abrió la Anatomía. Leyó:

«El tubo digestivo empieza en el orificio bucal y termina en...» ¡Bravo! Esto es lo real, lo positivo, sin pamplinas idealistas.

El orificio bucal es el principio del tubo digestivo.

«Los labios son unos repliegues musculomembranosos.» ¡Así se describe, y no con aquella cursilería del amigo Flórez, dedicada á los labios femeninos, llamándolos

«los bordes de la copa de la Vida que brindan el placer».

Estos poetas son tontos de remate. Qué diferencia entre una y otra definición. Decididamente, la Ciencia es algo más serio, más firme que la Poesía. Sigamos.

Poco á poco fué enfrascándose en la lectura.

Agotó cuantos libros, folletos y revistas dedicados á esta materia poseía en su biblioteca; rebuscó en las públicas; pidió en las librerías las últimas obras que se hubiesen publicado; leyó muchísimo, y su inteligencia, de una extraordinaria potencia asimiladora, fué completando el conocimiento de la constitución anatómica y enfermedades de los labios hasta lograr una asombrosa erudición.

Esto no bastaba. Era necesario cortar, diseccionar, analizar los tejidos al microscopio; ver casos de enfermedades de los labios; llegar hasta donde nadie hubiese llegado en esta rama de la Medicina, hasta conseguir odiar los labios... No odiar, no; darles el valor fisiológico que tienen, y saber curar sus enfermedades.

Durante varios meses su labor fué intensísima. Prácticas de disección en labios de cadáveres; estudios microbiológicos; operaciones de ho-

ribles macroquillas; esa espantosa hipertrofia de los labios que convierte al paciente en un hipopótamo; monstruosidad que á veces excitaba el entusiasmo médico de Julio, el cual, al explicarla á sus compañeros, comenzaba diciendo: «Tengo un caso precioso.»

A fuerza de estudios, de operaciones y de análisis, llegó á ser nuestro doctor el más famoso especialista de los labios. Su clínica se veía siempre llena; el dinero entraba á raudales.

Durante sus estudios, y como un juego de ciencia, descubrió un procedimiento para dar permanencia al color sonrosado de los labios, suprimiendo el nocivo colorete. Al descubrirlo, sonrió igual que debe sonreír Satanás cuando se le ocurre alguna diablura. ¡Cuántas fortunas destrozadas! ¡Cuántos hombres trastornados por culpa de aquel pequeño invento!

Aquello le proporcionó más renombre que todos sus escritos y sus maravillosas curaciones; como que fueron sus pregoneros todas las mujeres galantes y galanteadas de Madrid.

Mas no por esto descuidó los serios estudios.

Pre isamente en aquellos días la Academia de Medicina acababa de premiarle un folleto acerca de las enfermedades de los labios; obra maravillosa de erudición y de experiencia.

¡Qué cosa tan extraña! Aquel premio fué para él como una revelación, algo así como la visión repentina del fruto de toda su labor. Sentía, por primera vez, orgullo; un orgullo que en vano procuraba acallar su espíritu frío y analizador.

Tenía necesidad de comunicar su alegría, su vanidad satisfecha; pero ¿á quién, á sus compañeros? No; los amigos suelen sufrir con nuestros triunfos. ¡A Lina? ¡Bah! Ya no le interesaba lo más mínimo.

Y, sin embargo, necesitaba contárselo á alguien, y pensó en la Naturaleza, esa amable y callada confidente que sabe escucharnos y tomar parte en nuestro sentir.

Se fué al Pardo. Vagó sin rumbo. Vió unos chopos. ¡No, á éstos no les contaré nada; son poetas escualidos, espirituales, siempre mirando al cielo... Las encinas.

Sí, sí, las encinas son amigas mías: fuertes, ásperas, clavadas sus hondas raíces en la tierra seca, como yo las mías en el árido campo de la Ciencia. Con ellas puedo hablar. También con las montañas que les sirven de fondo. ¡Las montañas, las cumbres nevadas, la nieve de las cumbres, confesión de las nubes vaporosas que se deshacen en arroyos, en ríos que bajan al valle, que fertilizan el llanó y son útiles al hombre!

Ante aquel paisaje castellano, recio y severo, se le ocurrían á Julio muchas cosas de una honda poesía conceptual. Tal vez él hubiera sido un gran poeta, un poeta científico, no á la manera de aquel Flórez, el de los ridículos versos á los labios femeninos:

«los bordes de la copa de la Vida».

Volvía á reír. Estaba fuerte, sano, libre de toda pasión. Se había curado.

ooo

Algo tarde llegó á la consulta. La sala de espera estaba repleta. Se vistió su blusa blanca. Abrió la puerta.

Ciencia. La prueba no podía ser más definitiva.

Lina se dirigió á la puerta de salida; de repente se detuvo.

—Doctor, te invito... le invito á usted á cenar en mi casa. Quisiera que hablásemos de su folleto premiado.

—Pero ¿tú... pero usted lo ha leído?

—Sí... ¿Irá usted?

Julio reflexionó un momento. ¡Bah! Estaba seguro de sí mismo. Afirmó:

—Iré.

ooo

Se sentó junto á él, muy cerca, muy cerca,

se desvanecían rápidamente al chocar con la bellísima realidad de los labios de Lina. Olvidaba el pobre Julio que allí no estaba el anatómico, el médico, y sí sólo el enamorado, como ausente estuvo el enamorado cuando Lina fué á su clínica, donde sólo se hallaba el científico, que trató un caso más.

—Decidme, decidme más de los labios, sabio doctor.

Julio no pudo más.

—Lina, Lina, por favor. No te burles de mi ciencia, de mi pobre ciencia. Soy un fatuo, un majadero. Quise aborrecer la estatua analizando el barro. ¡El barro, la materia!

¿Qué sería de la Humanidad si vieran sien-



—¿Lina, tú, usted?
—Sí. Vengo á que el famoso doctor me inyecte en los labios su maravilloso específico.
—Usted no lo necesita.
—Sin embargo, es capricho.
—Bien, bien. Vamos á ello.
Julio cogió entre sus dedos los labios de Lina con igual indiferencia que si fuesen los de una vieja desconocida; dió una pinceladita de iodo, inyectó el líquido, y yendo á lavarse, dijo:
—Y bien, ya está.
—¿Qué le debo, doctor?
—Cincuenta pesetas.
Lina mordió sus bellísimos labios y arrojó un billete sobre la luna de la mesa.
Estaba vencida. Aquello era insoportable. El doctor sonreía. Era su triunfo, el triunfo de la

mostrándole sus labios encendidos, acariciándole con sus ojos llenos de sensualidad.

—¿Y dice usted, doctor, que los labios son unos repliegues musculomembranosos?

Julio vacilaba. Según la ciencia médica, su ciencia, eran lo que Lina le preguntaba con ironía; pero según el amor, eran otra cosa.

Tenían los labios algo que se escapaba al análisis, que no se podía descubrir con los más potentes microscopios. El edificio científico, levantado á costa de tanta laboriosidad, vacilaba, estaba á punto de desplomarse.

Julio hacía esfuerzos inauditos por pensar en las fibras, en los músculos, en los vasos de los labios. Evocaba las repugnantes macroquillas, las asquerosas infecciones que tratara en su clínica, en los hospitales; pero todas estas imágenes

pre la materia iluminada por la cruda luz de la Ciencia, sin los cambiantes que le prestan los reflejos del Deseo, de la Ilusión, de la Poesía? ¡Qué estúpido! Analizar la Luz con el microscopio, el Amor con la Ciencia, y la luz hiere y se burla del grosero instrumento, y el Amor hiere y se escapa al examen científico. Amémoslos, Lina. Repitamos el cantar de los cantares:

«Dame un beso de besos de tus labios.»

Déjame gozar el dulzor de los tuyos, que son, dijo bien el poeta,

«Los bordes de la copa de la Vida que brindan el placer».

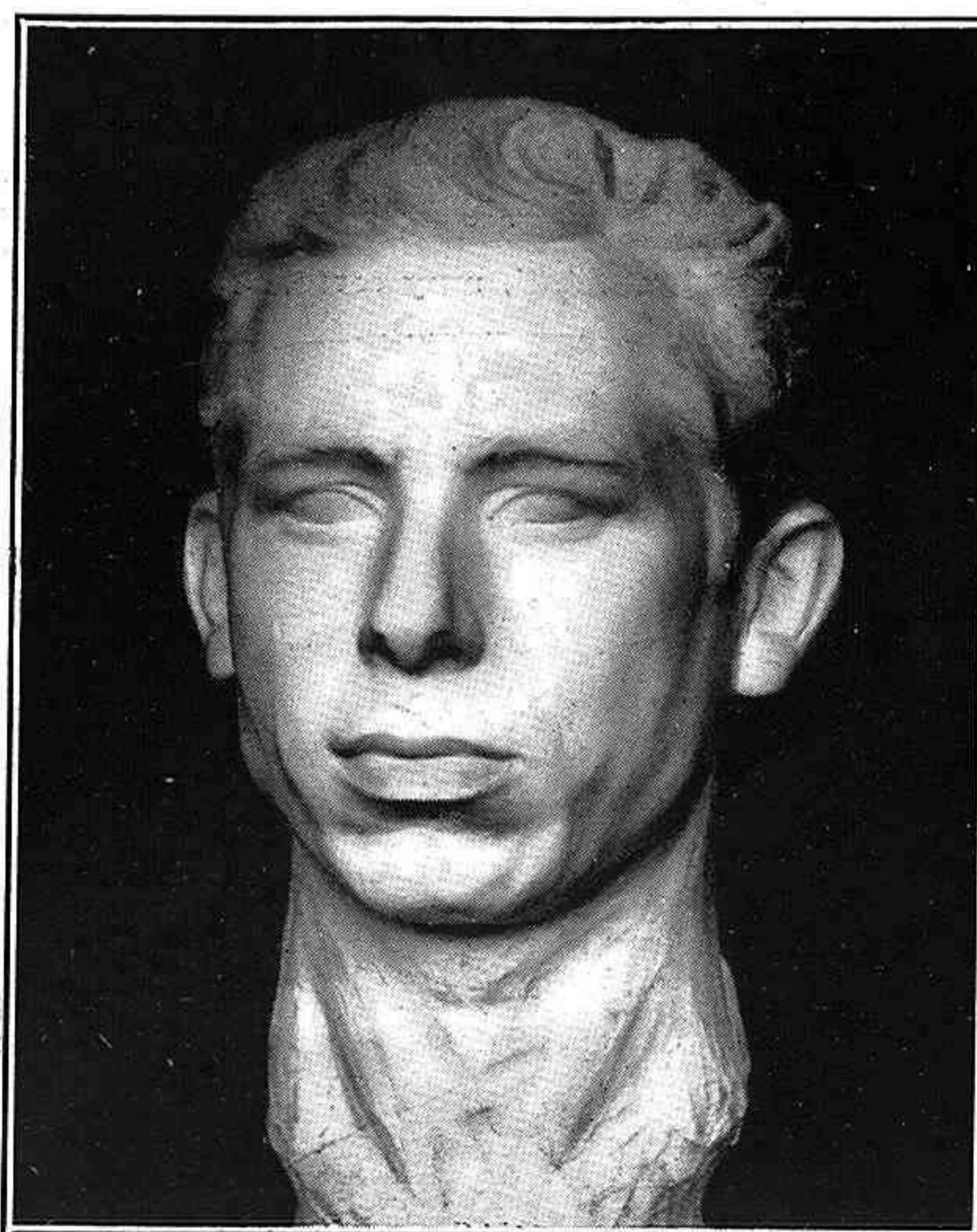
L. ALONSO

DIBUJOS DE ECHEA

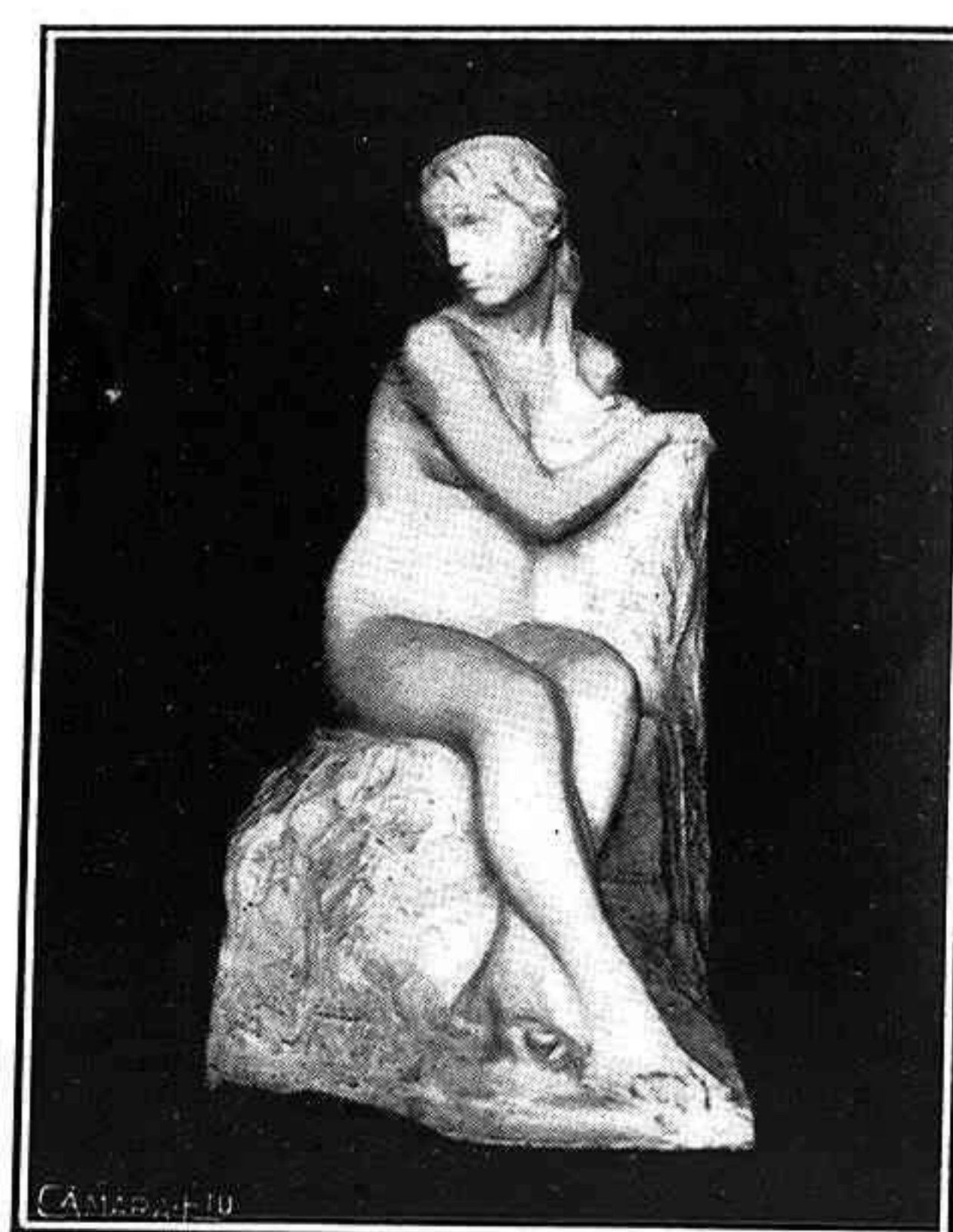
LA EXPOSICIÓN DE SEVILLA
TRES ARTISTAS JÓVENES



"La gitana", escultura de E. Pérez Comendador



PABLO SALATI
Escultura de Pérez Comendador



"Crisálida", escultura de Pérez Comendador

COINCIDENTE con la feria, y como su más culto atractivo, se celebra en Sevilla la anual Exposición de Bellas Artes. Concurren á ella habitualmente, no sólo aquellos pintores sevillanos avecindados en la andaluza ciudad, sino también artistas de diversas regiones españolas, con lo que adquiere este certamen cierto carácter de diversidad.

Pero siempre de un ortodoxismo estético, que nada tiene que ver con las simpáticas audacias, con las inquietudes de Barcelona, Bilbao y otras capitales orientadas hacia las tendencias modernas.

Excepto Gustavo Bacarisas y un reducido grupo de jóvenes que en él creen y en torno del admirable pintor se agrupan, para renovar con un sentido progresivo los conceptos demasiado tradicionales, los artistas sevillanos miran más al pasado que al presente..., y no digamos al porvenir.

Se detienen también con una obsesión, no del todo laudable, en temas incambiables, en anecdóticos motivos populares que, á no conocer la enorme evolución intelectual, científica é industrial de la Sevilla contemporánea, se la imaginaria siempre adormecida con el aroma de sus

flores, con la voluptuosidad de sus danzarinas y *cantaoras*, con la delicia de sus vinos y la cadencia moruna de sus guitarras.

Pero, afortunadamente, existe ese grupo de jóvenes artistas, y al frente de ellos Gustavo Bacarisas, uno de los pintores más interesantes, mejor capacitados de nuestra época, que marcan la evolución de Sevilla en este sentido mismo de su joven literatura, su industria, su comercio y su agricultura.

No quiere decir esto que en el grupo contrario, de los que pudiéramos llamar tradicionalistas y costumbristas monopléscicos y monocordes, dejen de existir algunas personalidades curiosas y bien intencionadas. Por de pronto, tienen sobre los anteriores la ventaja del número. Leyendo en la obra *Quien no vió Sevilla...* el capítulo *Sevilla y sus pintores*, por D. Virgilio

Mattoni, vemos que, efectivamente, esta agrupación de los costumbristas á lo Bilbao y á lo García Ramos, de los paisajistas á lo García Rodríguez, es muy importante por la cantidad.

La actual Exposición daba cumplida muestra de todas las tendencias con ese eclecticismo forzoso de los certámenes oficiales. Cerca de quinientas obras de pintura, cincuenta y cinco de escultura y algunas de cerámica, donde se destacaban los envíos de Lafita y Cluny, dos escultores jóvenes de gran talento, se exponían en el Palacio de Bellas Artes de la Plaza de América.

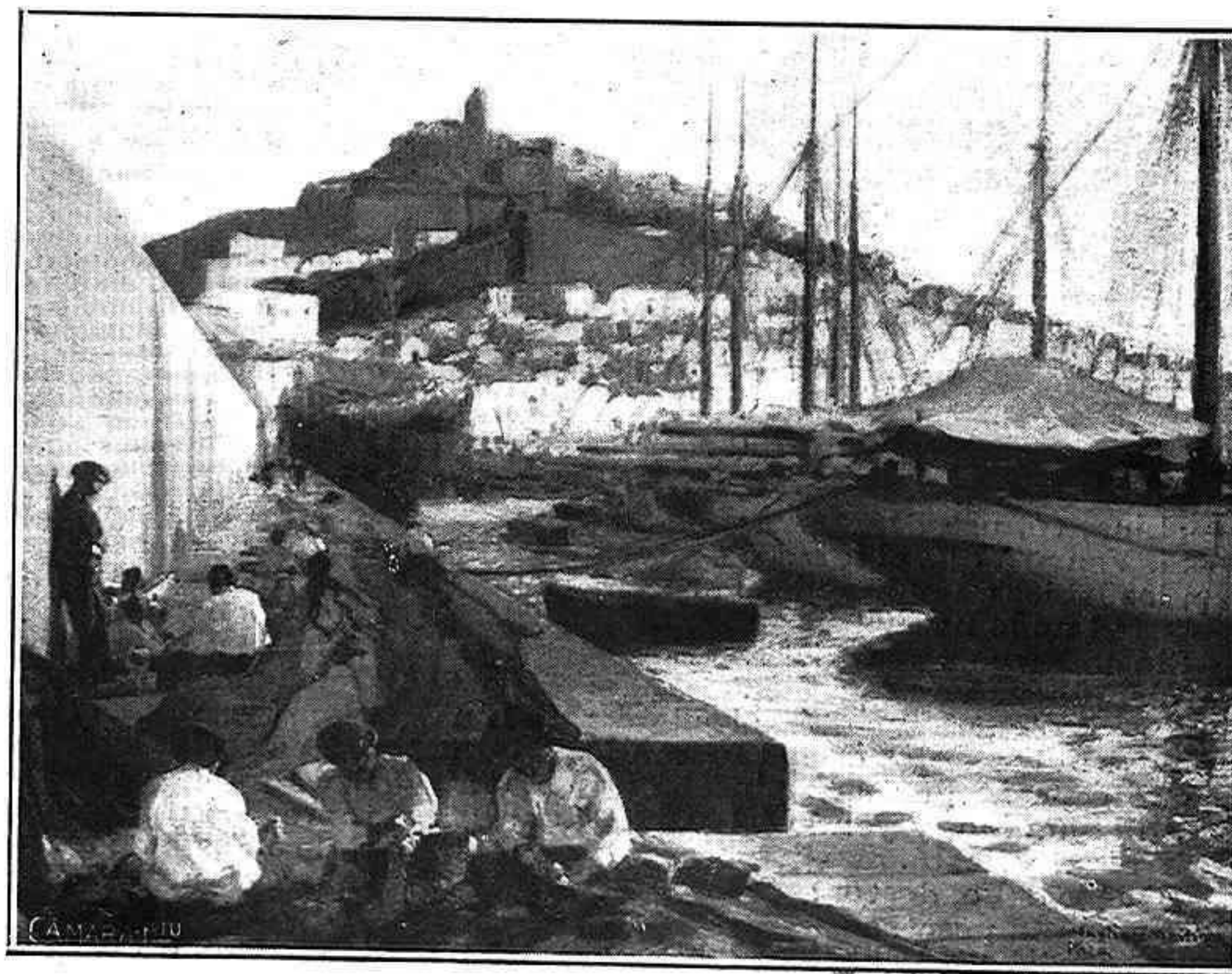
En pintura figuraban, entre otros, cuadros de Gustavo Bacarisas, Hermoso, Lloréns, Lafita, Covarsi y Bilbao, dos estudios de García Ramos y dibujos de Martínez de León y Mateos. En escultura, José Lafita, Joaquín Bilbao y Delgado Brackenbury, principalmente.

Pero lo que motiva este artículo y lo que constituía en realidad el interés de la Exposición sevillana, eran los envíos de los tres pensionados, los pintores Alfonso Grosso, Santiago Martínez y Enrique Pérez Comendador.

Y debe mencionarse también la colección de acuarelas del malogrado arquitecto catalán Bue-



"Idilio"



"Ibiza"

(Cuadros originales de Santiago Martínez)

naventura Pollés y Vivó, fallecido en Sevilla el año 1918.

ooo

Grosso, Martínez y Pérez Comendador fueron pensionados hace un año por el Ayuntamiento de Sevilla. Con un excelente criterio, que debía ser el de todas las pensiones oficiales, no se les fijó ruta ni residencia determinadas.

De este modo los sendos conjuntos ofrecidos ahora por los tres jóvenes artistas tienen una eficacia de resultado y una diferencia de motivos que no tendrían si se les hubiera obligado a trabajar juntos y sometidos a un reglamento fijo y a un profesor determinado, como se hace, por ejemplo, en la anquilosada y anacrónica Academia de Roma.

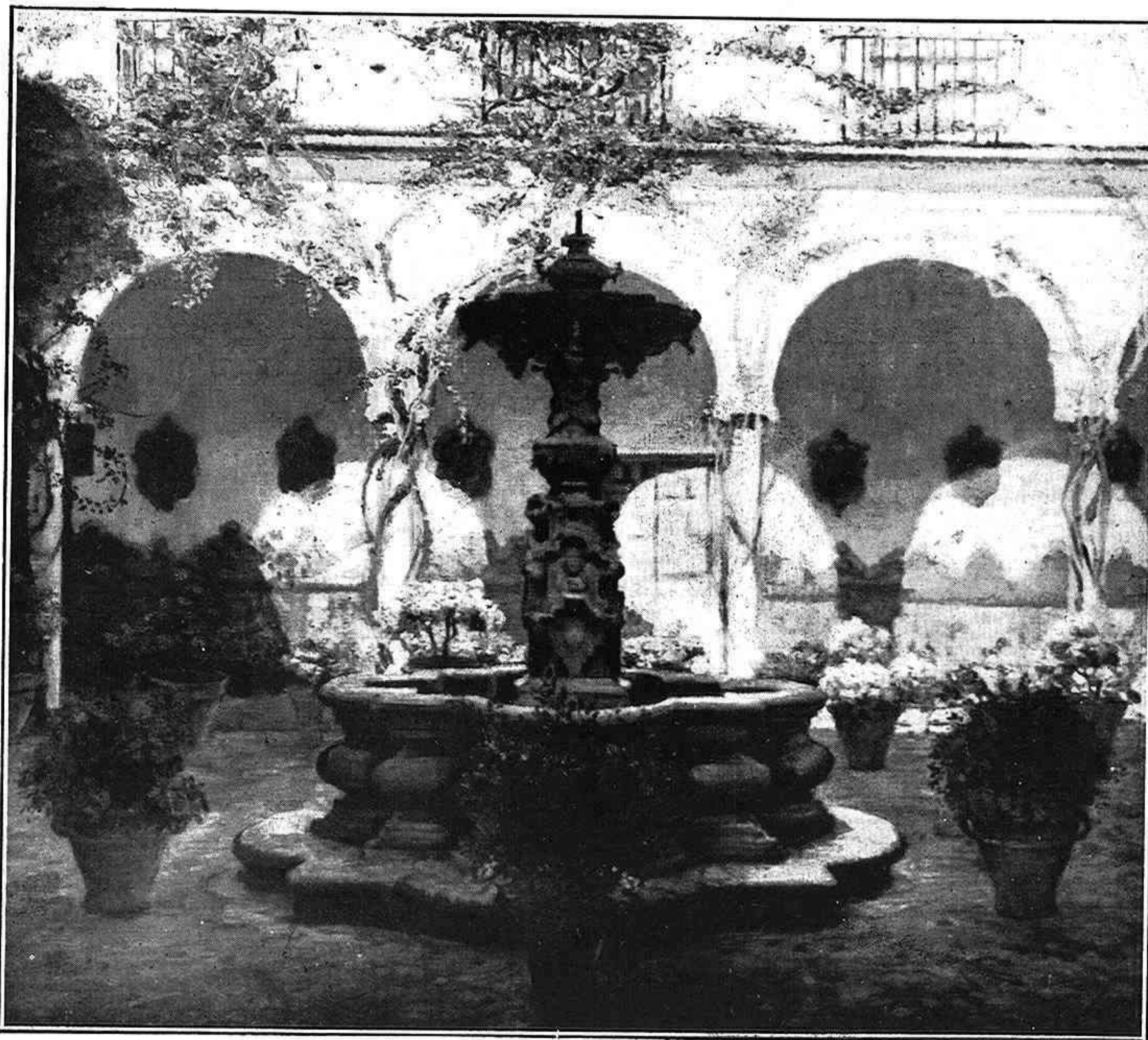
Alfonso Grosso presenta sesenta y tres obras, reproduciendo, en su mayoría, lugares, paisajes e interiores de Toledo, Bilbao y Écija.

Grosso es un pintor realista a la manera de la tradición española. Podríamos afiliarle entre los maestros andaluces López Mezquita y Rodríguez Acosta. En la última Exposición nacional su lienzo *Antes de la procesión* tenía admirables de castiza pintura.

Grosso ama los rincones plácidos de los templos, las plazas solitarias y viejas, las figuras pálidas de frailes y monjes que somnolecen virtuosamente en el fondo de conventos y monasterios. ¡Extraño misticismo el de este pintor joven de la ciudad de la gracia y del amor!

De su obra, reciamente acusada con una fidelidad noble al natural, surge un reposo grato y atrayente. Es el reposo de los claustros adormecidos por el sol y por el silencio, de las naves amplias de los templos. A la luz policroma de sus vitrales, el sosiego caricioso de las viejas plazuelas provincianas donde una fuente deslía su monoritmia; la serenidad dulce de unas pupilas acostumbradas a mirar al cielo; la melancolía resignada de unos viejos asilados que asisten a la misa ó toman el sol en el patio de la Casa de Caridad. Y también los espectáculos exaltados de la religiosidad andaluza; los pasos centelleantes de luces y gemas, terciopelos, flores y barrocas tallas a través de las calles en las noches vernaes; las cofradías con sus hábitos enigmáticos y suntuosos.

Alfonso Grosso nos ha reservado para la Ex-



"Un patio de Écija", cuadro de Alfonso Grosso



"La misa en el Cristo tendido", cuadro de Alfonso Grosso

posición Nacional su mejor obra: el retrato de su madre. Es un cuadro considerable por muchos conceptos y que, a nuestro juicio, será uno de los lienzos más legitimamente elogiados.

Santiago Martínez, antes de obtener la pensión ya había logrado destacarse en el grupo de jóvenes pintores sevillanos. Dirigió artísticamente la revista *Bética*, que representó un esfuerzo admirable. En *Bética* empezamos a admirar los modernos artistas de Sevilla: Grosso, Martínez, los Lafita, Pino, y empezamos a leer a los modernos escritores y poetas. En *Bética*, Santiago Martínez dibujaba asiduamente.

Era, sin embargo, una época de indecisión para él. Todavía no se desligó totalmente de una influencia nefasta de cierto pintor, que suele desviar los comienzos de los jóvenes artistas sevillanos y retrasar el advenimiento de su verdadera personalidad. Pero ya empezaba a libertar su estilo en los dibujos decorativos, ornamentales de la revista, en los retratos de damas elegantes y las figuras de mocitas populares.

Una Exposición en las Galerías *Fayan Catalá*, de Barcelona, clasifica por el momento a Santiago Martínez como un pintor de gitanas, de macarenas y trianeras pálidas, ardientes entre sus mantones chinoscos y ante sus fondos soleados y floridos de Andalucía.

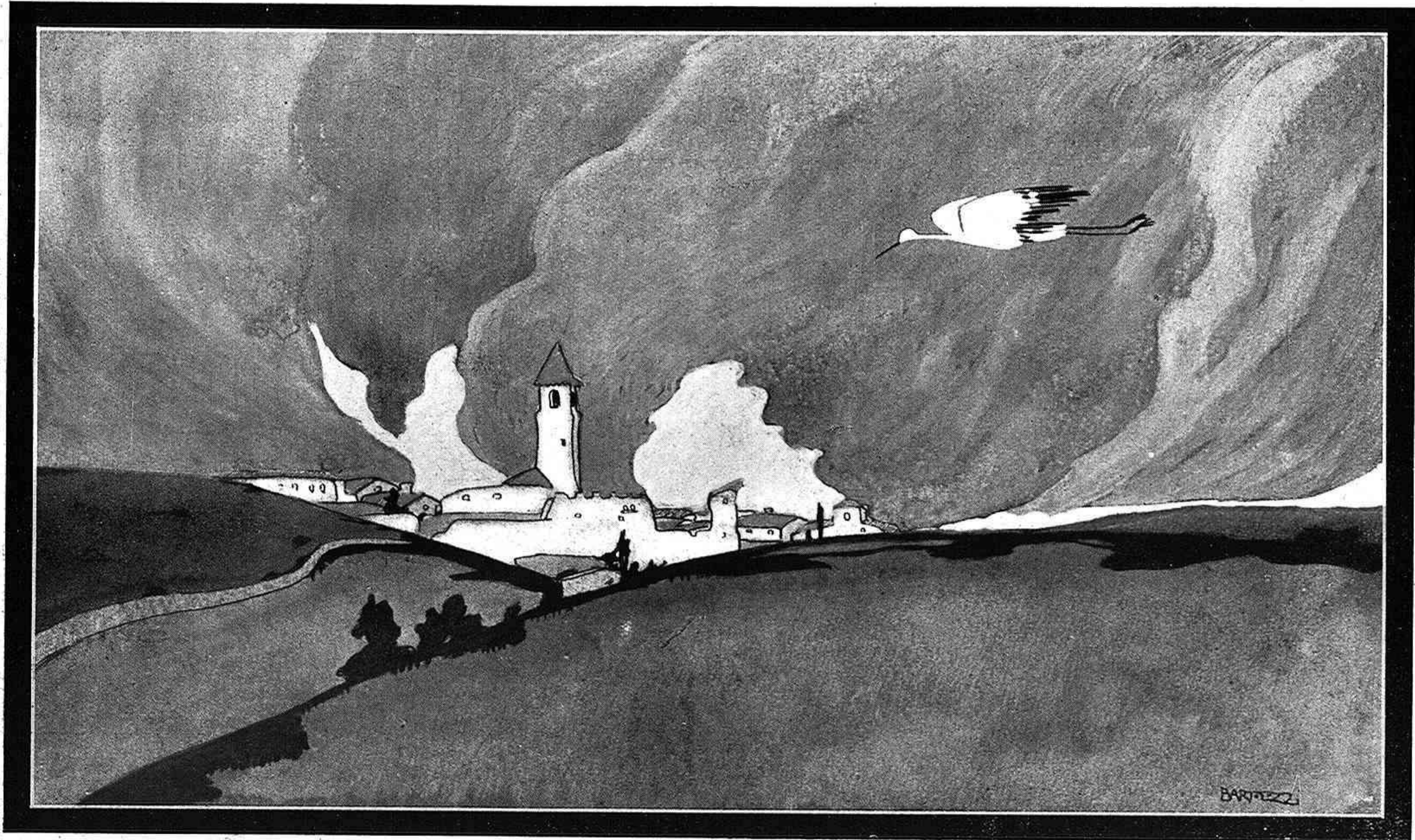
Pero al obtener la pensión, Santiago Martínez elige un ambiente y unos tipos absolutamente distintos. Marcha a las Islas Baleares, y durante un año pinta exclusivamente paisajes y marinas de Mallorca, ó retratos de payesas de Ibiza.

LA ESFERA publicó recientemente una de estas figuras candidas, de una suave dulzura primitiva, de mujeres ibicencas: *Marguelida*. Junto a *Marguelida*, ataviada con los clásicos indumentis y las joyas tradicionales, Santiago Martínez ha expuesto en Sevilla otras cuantas payesas de ingenua mirada y amable sonrisa. Alguna de ellas viene también a la Nacional para hablar con el acento sincero y expresivo de Santiago Martínez.

Enrique Pérez Comendador es el más joven de los tres pensionados. Exponía diez y nueve esculturas y cinco dibujos. Es un modelador vigoroso y apasionado. Sus cabezas de hombre son muy interesantes y responden a una técnica bien orientada. La estatuita *Crisálida* tiene una línea graciosa. Su media figura *Gitana* da una sensación de dominio de la forma y—lo cual es, acaso, más importante—de una gran sensibilidad que le colocarán muy pronto al lado de jóvenes maestros como Lafita y Cluny, los escultores sevillanos que todavía no son conocidos como merecen en el resto de España.

SILVIO LAGO

LAS VILLAS MUERTAS



SE despueblan los campos porque la vida se hace en ellos áspera y difícil, ó esta aspe-
reza y estas dificultades son debidas á la
despoblación? Del mismo modo, ¿son el tedio,
y el chismorreó, y el caciquismo impúdico los
que agostan la vida de las pequeñas villas, ó es
la miseria de esta vida lo que engendra á aquellos
recursos de los espíritus ociosos? ¿Quién pudiera
hallar la solución á estos rompecabezas; quién
pudiera poner en obra tales soluciones!

Tú, lector, indudablemente has padecido el
desaliento de una larga estancia en una de esas
villas mortecinas; has conocido en ella muchas
tristes mujeres de toda edad, sin más horizontes
espirituales, fuera de la iglesia, que una mur-
muración eterna é inconfundible con las mur-
muraciones de una ciudad ó de un cortijo; has
sufrido los mordiscos de mil impertinencias
agresivas que hasta ti llegaron con careta de
burla ó de compasión; te has visto mezclado,
sin quererlo, en unas ruines luchas personales,
en las que dos pudientes de prestigio cuentan
para todo con sus respectivas mesnadas de sier-
vos y bufones; has sentido el irremediable va-
cío espiritual de tus ansias de cultura, ó de ac-
ción, ó de arte, entre un rebaño de vagos rutine-
ros que se rien de tus filosofías ó de tus quijotis-
mos, porque es más cómoda la sátira que la re-
flexión; has medido, sobre todo, la incalculada
magnitud de tantas horas de sueño y de modorra
como han pesado sobre el ambiente de tu
casa y de las calles sucias... Y para no delatar
tus pesadumbres, nacidas de un generoso inten-
to que llenase tu vida con la acción generosa,
útil y favorable para otros, acaso has tenido que
acostumbrarte al martirio de una «distracción
habitual»; y tienes tus horas de billar ó de ta-
berna, ó de arrastrar los pies y las palabras en
un paseo maquinal sobre un camino que no va
á ninguna parte, porque siempre marchando so-
bre él sentís que «es tarde» y volvéis desde el
mismo sitio todos los días...

Y así todas las horas de una generación, sin
que jamás ocurra nada de extraordinario en el
pueblo, ni en los espíritus de sus pobladores.

Para la gente frívola que ha visto un poco de
mundo y estuvo en la capital, y hasta anduvo
por Madrid sin aturdirse ni perderse, la villa
donde se ve obligada á vivir es una fosa, un
criadero de monjas y de frailes; el vecindario,
«un vulgo municipal y espeso», que dijo el
poeta.

En cambio, á los aldeanos la villa les viene es-
trecha casi siempre; sus apariencias de ciudad
y sus urbanidades molestas y risibles, les hacen
desear la vida amplia y sin mentira de sus te-
rrones.

De modo que á la pobre villa muerta no la
quiere nadie, ni nadie la favorece.

Y, sin embargo, acaso la fundaron los celtas
para aprovechar una industria natural, y alre-
dedor de su filón se fueron agrupando las vi-
viendas; tal vez en tiempos de la dominación ro-
mana tuvieron fama sus mercados, ó sus minas,
ó sus huertos; quizá en otros siglos fué tierra de
abadengo, muy poblada por causa de sus fueros
y franquicias; y en otros más cercanos, el Pósito
extendió el bienestar entre los labradores. Pero
allí están las ruinas de su prestigio; y la indus-
tria natural no se explota, y la abadía es venta
de carretera, y los huertos sufren falta de agua,
y el Pósito se deshizo en las manos rapaces de
los caciques.

Y sobre todo ello, como monstruosidad incon-
cebible, se va extendiendo y afincando el odio
de los pobres á los ricos, porque las cortas lindes
del poblacho no sirvieron á los últimos para in-
timar con los primeros, y sí para darles ejem-
plos de vanidad, más insultantes porque estaban
más cerca.

Esto son muchas villas de España. No bus-
quéis en ellas el calor fraternal que parece indi-
cado en sus medios y condiciones. Ni busquéis
un renacimiento de la asociación, ni una inicia-
tiva de cultura colectiva. Esto menos que nada:
el que en ellas estudia, estudia para sí, y cuando
á sí mismo se basta, alza el vuelo hacia sitios que
estima más amplios, ó se encastilla en una sole-
dad intelectual, de la que ningún provecho reci-
ben sus prójimos...

Pero la misión de las villas es servir de lazo
de unión entre los campos y las ciudades, preci-
samente porque son algo intermedio. No hay
razón que impida disfrutar en los campos de
muchos beneficios y comodidades ciudadanos;
y para facilitar ese disfrute, deben las villas
atraer á sí los hombres de la aldea y las obras
de la tierra y á los acaparadores urbanos. Regu-
ladoras de una riqueza mal distribuída, las vi-
llas han de cumplir su papel de pequeños cen-
tros respecto á la población agrícola de los con-
tornos, y ser para ella asiento y representación
de intereses comunes.

La asociación de los campesinos sólo así po-
drá salir de los estrechos límites locales para
adquirir la fuerza de toda unión de institucio-
nes análogas.

Esta acción social bienhechora sería mágica
medicina contra el tedio lugareño, hijo de ne-
cios egoísmos y de ridículas vanidades, que hay
que purificar haciendo de ellas nobles emulacio-
nes. Para ello jamás se insistirá bastante en ha-
cer ver á todos cuál es la función natural de cada
una de las clases sociales, y cuáles los deberes de
las más elevadas por pudientes ó por cultas. El
patronato que deben en conciencia á los humil-
des, no para distanciarse de ellos en endiosamien-
tos temerarios, sino para elevarles á idéntica
dignidad, ha sido la obra histórica de las villas
y de muchas aldeas, mantenida á través de las
generaciones y de los siglos más desemejantes,
precisamente porque es fin natural.

Hay, pues, que defender y promover el rura-
lismo, lo que se ha llamado «la vuelta al natu-
rismo»; porque lo que ahora es simplemente re-
curso de novelistas que quieren curar al héroe
de un amor, ó de una pena, ó distracción de ve-
rancantes con humo de superhombres, es, y ha
sido, y será siempre, el molde gigantesco en que
se forja la grandeza y el poder de los Estados.

EDUARDO GARCÍA-ENTERRÍA

DIBUJO DE BARTOLOZZI

EL MARISCAL JOFFRE EN MADRID



Brillantes y plenos de efusión cordial han sido los actos de carácter oficial y particular organizados en honor del mariscal Joffre en su breve visita á Madrid. Ellos han venido á testimoniar una vez más las simpatías, la admiración y el sincero afecto de España por la nación hermana y gloriosa, y en particular por uno de sus más preclaros representantes, el invicto caudillo del Marne; el que la musa de Manuel Machado, en uno de los be-

llos sonetos dedicados al mariscal en la recepción del Ateneo, llamó elocuentemente: «Gran capitán, porque veació á la Guerra—héroe inmortal, porque mató á la Muerte...» Nuestra fotografía muestra al mariscal Joffre, acompañado de su esposa y de la señora del ministro de la Guerra, general Villalba, momentos después de celebrarse la fiesta militar celebrada en el Ministerio de la Guerra.

FOT. CAMPÚA

LA ESFERA

LA PINTURA MODERNA



TRISTEZA RUSA, cuadro original de David Regevsky

MIRANDO AL PASADO



UNA LECTURA INTERESANTE

Fué al terminar la merienda con que un marqués obsequiara á dos majas, que tenían de bien plantadas la fama. La escena, en «Migas Calientes», en torno de una fontana, un tibio día de Mayo, cuando la tarde espiraba. Eran las majas de acero, nacidas en plena Cava, puestas siempre en la calea que *Mediodiente* guiaba; partidarias del donaire, devotas de la jarana, la falda de medio paso y la mantilla trenzada. Quien lucía sobre el pecho la gran corbata rizada y la insignia de grandeza, era el marqués de Lovaina; gustador de guapas mozas, que vivía en la Cruzada; gran amigo de toreros y aficionado á la caza. Ni corto ni perezoso, del bolsón de la casaca de moda, color barquillo, y de raso las solapas, sacó un enorme librote de letra espaciada y clara, y con interés marcado

lo fué leyendo en voz alta. Las caleseras de acero atentamente escuchaban; el marqués se sonreía y las otras se miraban, comprendiendo la ironía del que de ellas se burlaba, sin atreverse á romper el hilo de tanta farsa. El marqués, que, con el texto, hábil y sagaz glosaba una historia de amoríos acaecida en la plaza del Alamillo, una noche en que á su casa marchaba la duquesa manolesca de más bríos y más alma que vieron ojos mortales pisar el suelo de España, pensando en sus aventuras así leía en voz alta: «En un palacio morisco vive, siempre recatada, cierta dama, que de hermosa y rica tiene la fama. Sale muy temprano á misa, con la mantilla tapada. ¡Nadie pudo ver sus ojos! ¡Nadie pudo ver su cara! ¿Quién sabe de su semblante? ¿Quién sabe de sus palabras?»

¿Quién adivina el misterio del palacio y de la dama? ¡Pensar que á mí se me fuera! ¡A mí, que estoy á la zaga, buscando siempre amoríos con mesoneras y majas! Yo he descubierto el secreto, yo he cortejado á la dama, yo he logrado ver sus ojos, yo me he metido en su casa. Y para que no se dude del aserto de mi hazaña, dentro de breves momentos tendremos aquí á la dama. ¡Yo os aseguro que viene! ¡Yo os aseguro que baja! ¡Todos veremos sus ojos! ¡Todos veremos su cara! Manola de las Vistillas, manola la más chuscaza, la de los zarcillos rojos: pon á mi pasión templanza. ¡Manola de las Vistillas! ¡La de más brío y más alma que vieron ojos mortales pisar el suelo de España!»

ANTONIO VELASCO ZAZO

CUADRO DE ENRIQUE ESTEVAN



S. M. la Reina Doña Victoria, acompañada de sus augustos hijos los Infantes D. Juan y D. Jaime, y de su hermana política, la Princesa de Carisbrooke, en su diario paseo matinal por los bellos jardines del Alcázar

Fot. Campúa



CUENTO MORAL PARA NIÑOS Y NIÑAS

PAPÁ, puesto que he tomado el agua de Loeches, cuéntame una de esas bonitas historias que tú sabes.

—Bien, señorita Eugenia; referiré a usted las aventuras de Sindbad el Marino, que viajó por varios países maravillosos.

—No, papá, no; ti Lola me ha leído diez veces lo menos *Las mil y una noches*, y además, tengo las aleluyas de ese gran navegante moro que equivocó un pescado con una isla.

—Entonces te contaré la vida y maldades de Barba Azul, gentil hombre francés y matador de mujeres.

—¿Es cosa de hadas?

—Así cuando menos lo dice M. Perrault.

—Pues si ese señor no miente, empieza cuando gustes.

—Verás.

ooo

«Érase que se era un caballero que tenía mucho dinero y la barba azul.

—Sí que estaría guapo el hombre. Pero ¿por qué no se afeitaba? Y si le fastidiaba afeitarse, ¿por qué no se teñía la barba de negro, como hace el tío Ramón?

—Niña... si me interrumpes...

—No, papá, querido; sigue, sigue.

—Bien; pues aquel señor extravagante visitaba a una viuda que tenía dos hijas muy guapas, y, claro está, con tanto visiteo...

—Se enamoró de la más chiquita, ¿verdad?

—Te diré. A Barba Azul le agradaban las dos damiselas; pero la menor fue quien accedió a darle la mano de esposa, aunque era tan feísimo que no le podía ver ni en pintura.

—Dime, papá: ¿Y por qué se casó la joven con un señor tan feo y a quien no quería ni pizca?

—Hija del alma, se casó con él porque Barba Azul era poseedor de varios castillos y palacios, donde tenía muchos muebles magníficos, muchas vajillas de oro, muchos caballos, muchos carruajes; en suma, riquezas infinitas, y la muchacha, que era muy ambiciosa, sabía que casándose con aquel sujeto, sería la dama más principal del país.

—Es decir, que la pequeña hizo como yo cuando tomo el aceite de hígado de bacalao: para que me des una peseta.

—Exactamente. A los treinta días de efectuado el matrimonio dijo Barba Azul a su mujer: «Fulanita, tengo que emprender un viaje muy largo. Toma las llaves de la casa para que nada te falte durante mi ausencia; mas ten entendido que te prohíbo terminantemente entrar en tal habitación del piso bajo, de la cual es esta llavecita que tiene un cordón azul.»

—Sería la llave de la despensa...

—No, ya verás. La joven prometió muy seriamente obedecer a su noble esposo; pero movida por la curiosidad más reprehensible, no tardó en faltar a su palabra.

—Eso es decir que entró en el cuarto.

—Justo.

—¿Y qué es lo que vió?

—Vió una cosa que le puso los pelos de punta. En las paredes había colgadas por el cuello varias señoronas degolladas.

—¡Colgadas por el cuello y degolladas! Me parece difícil eso, papá.

—Y a mí también; pero así lo cuenta M. Perrault.

—¡Ya!

—Fue tal el susto que espectáculo tan horrendo ocasionó a la curiosa impertinente, que la llave se le escapó de las manos...

—Si la hubiese dejado en la cerradura, según es costumbre...

—Y habiendo caído en un charco de sangre grandísimo...

—¡Un charco! Pero, papá, la sangre estaría seca, como está la del gallo que matamos ayer.

—Te equivocas. La prueba es que la llave se puso perdida.

—Qué rareza.

—Pues aún tengo que decirte una cosa más rara.

—¿Cuál?

—Que por arte de Birlibirloque, aquella suciedad resultó victoriosa de todos los medios que se emplearon para hacerla desaparecer.

—¡Atiza! Igual que las manchas de tus zapatos amarillos, que no hay quien las quite.

ooo

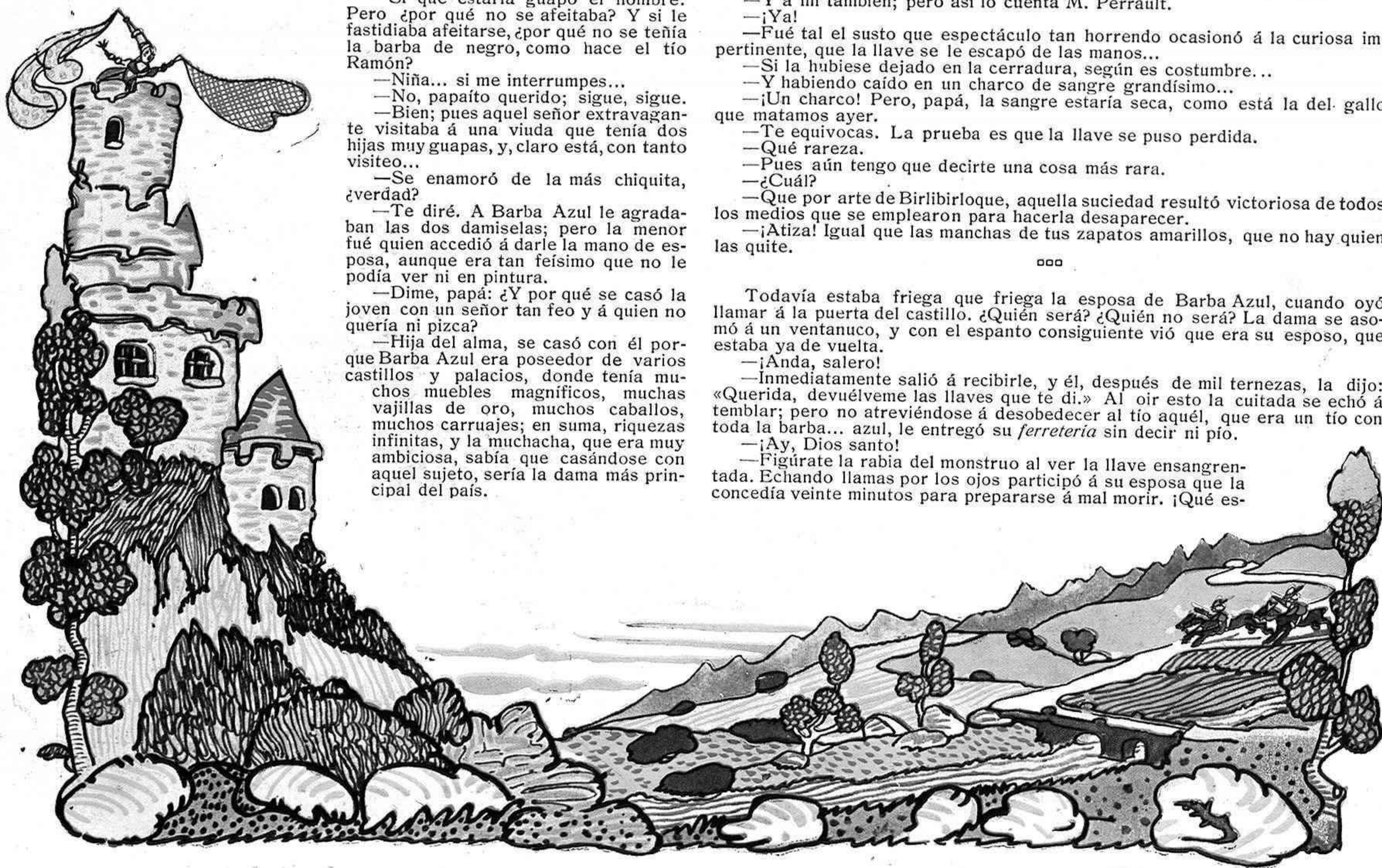
Todavía estaba fría que fría la esposa de Barba Azul, cuando oyó llamar a la puerta del castillo. ¿Quién será? ¿Quién no será? La dama se asomó a un ventanuco, y con el espanto consiguiente vió que era su esposo, que estaba ya de vuelta.

—¡Anda, salero!

—Inmediatamente salió a recibirle, y él, después de mil ternezitas, la dijo: «Querida, devuélveme las llaves que te di.» Al oír esto la cuitada se echó a temblar; pero no atreviéndose a desobedecer al tío aquél, que era un tío con toda la barba... azul, le entregó su ferretería sin decir ni pío.

—¡Ay, Dios santo!

—Figúrate la rabia del monstruo al ver la llave ensangrentada. Echando llamas por los ojos participó a su esposa que la concedía veinte minutos para prepararse a mal morir. ¡Qué es-





cena! Madama se arrojó á los pies de aquel bruto pidiéndole perdón; mas comprendiendo al fin que lágrimas y súplicas eran inútiles, se encaminó á la torre donde tenía su oratorio.

—Qué cosas, ¿eh? Todo por ser desobediente.

—No digo lo contrario. Pues verás: estaba en casa de Barba Azul la otra hija de la viuda, discreta señorita que, durante la ausencia del barbudo sacripante, se había instalado en el castillo para comer bien, beber mejor y pasear en coche. La triste esposa se abrazó á ella gimiendo, y después de referirle sus cuitas, la dijo: «Querida Ana, hoy deben llegar nuestros hermanos. Sube á lo alto de la torre y dales prisa, si por ventura los ves.» Subió á la torre la señorita, y á los pocos minutos se oyó gritar á Barba Azul, con una voz tan bronca que parecía que estaba el hombre dentro de una tinaja:

«¡Señora mía: basta de rezos.

O baja usted ó subo.

Es preciso que se decida usted á morir!».

Y así por el estilo.

«Esposo—contestaba también á gritos la pobre mujer—, concédeme algunos segundos para terminar mis oraciones.» Y con voz tan débil como un suspiro, dirigiéndose á lo alto, añadía: «Ana, mi querida Ana, ¿no ves á nuestros salvadores?»

«No, hermana mía, no; sólo veo los campos llenos de verdura; el sol que se oculta tras de la sierra; los pajarillos que juegan á perseguirse los unos á los otros.»

«¡Ay, divino Jesús!—gemía la triste recién casada—; ¡Qué encantadores son los campos; qué hermoso es el sol; qué alegres están siempre los pajarillos! ¡Madre mía, ya no los volveré á ver!»

ooo

Conque, para acabar, la joven Ana divisó á sus hermanos amadísimos, y habiendo conseguido, agitando un pañuelo muy grande, que avivasen el paso de los corceles que montaban, se encontraron en presencia de su cuñado, cuando este mal hombre, que ya se había apoderado de la infeliz condenada á muerte, se disponía á degollarla con una enorme cuchilla de carnicero.

—Oye, papá: en el castillo de Barba Azul todos menos él entraban como Pedro por su casa.

—Por lo visto. Aquellos dos valientes muchachos, con unos espadones tremendos que traían, atacaron de improviso al inicuo matador de mujeres, y en menos que lo cuento le atravesaron de parte á parte.

—¡Qué bien!

—Quiso él huír, pero á los pocos pasos cayó al suelo para no volverse á levantar.

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Verás. Como aquel tunante no tenía herederos que pudieran reclamar sus haciendas, la viuda se alzó con todo, y después de enriquecer á sus hermanos, contrajo matrimonio con un caballero guapísimo, y fueron felices, comieron perdices, tuvieron muchos hijos y colorín colorao; este cuento de M. Perrault se ha terminado.»

—¡Nada más!

—Sí; hay lo que el autor llama *moraleja*.

La curiosité malgré tous ses attraites
coute souvent bien des regrets.

—Lo cual quiere decir...

—Dice, libremente traducido al castellano, que la curiosidad acarrea muy graves males.

—¡Graves males! Pero eso no es verdad.

—¿Por qué?

—Porque si la mujer de Barba Azul no hubiese sido curiosa, habría tenido que pasarse la vida al lado de un hombre viejo, ridículo, feo y peor que el demonio; y por tener ese defecto...

—Acaba.

—Tras de labrar la fortuna de sus excelentes hermanos, pudo casarse con un joven guapo, bondadoso, noble y distinguido, en unión del cual vivió rica, feliz y muy estimada de todo el mundo.

José F. AMADOR DE LOS RÍOS

DIBUJOS DE ROBLADANO



LA ESFERA
MARCONI EN ESPAÑA



Marconi á bordo del yate "Electra", durante su permanencia en Sevilla

FOT. CAMPÚA

La ciencia contemporánea ha tenido este año una excelsa representación en las clásicas fiestas primaverales de Sevilla. Por singular coincidencia, ha anclado junto á aquellos muelles próximos á la Torre del Oro, de donde partían, en las épocas de los grandes descubrimientos geográficos, las naos heroicas que ensanchaban los horizontes del mundo conocido,

este yate mágico, de nombre simbólico, á cuyo bordo Marconi, una de las más grandes figuras de los tiempos modernos, uno de los hombres á quienes más provechosos descubrimientos debe la ciencia, viene persiguiendo tenazmente el secreto de esos otros mundos que se mecén, enigmáticos, en el espacio infinito.

CARTAS DE LISBOA

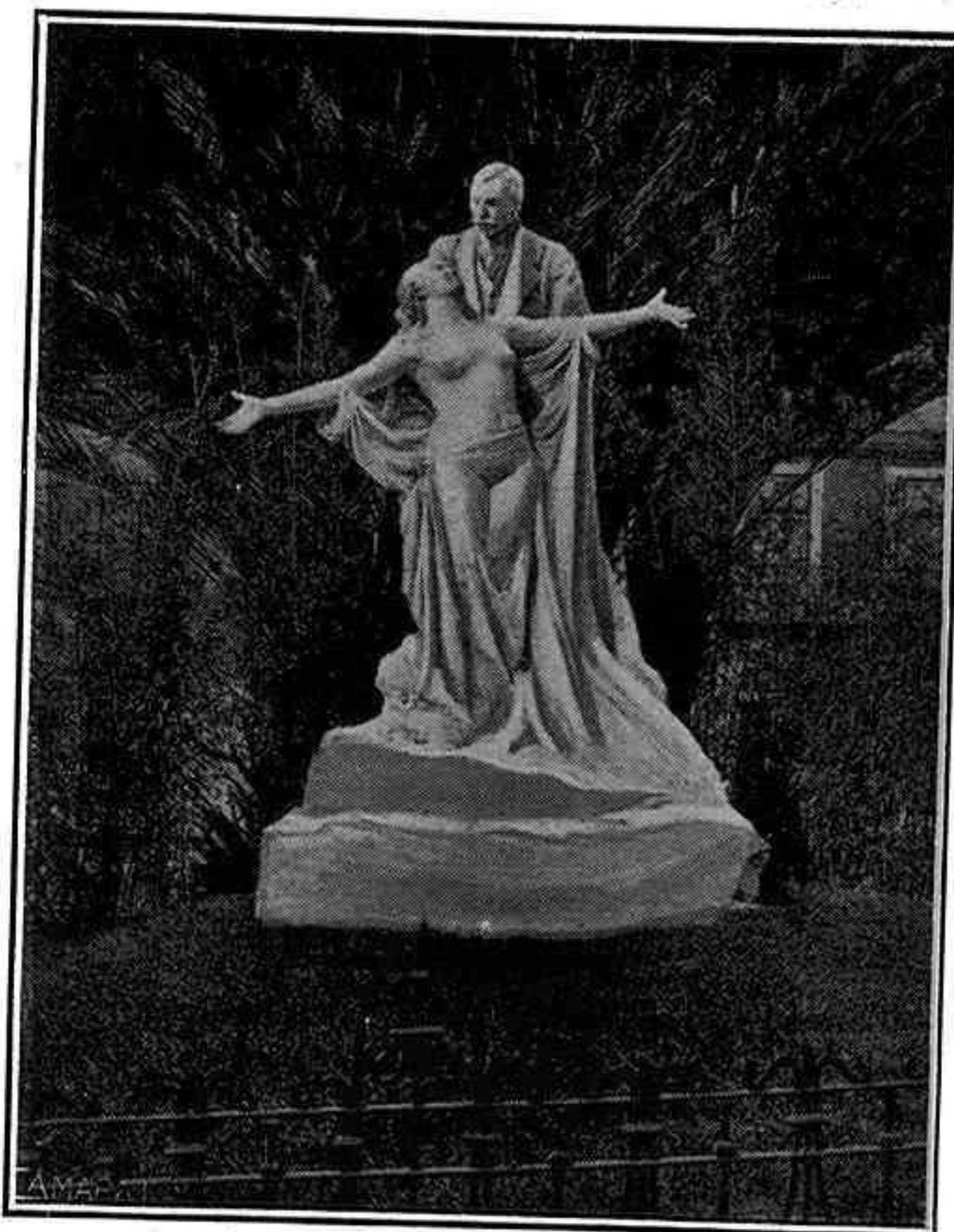
ANTE LA ESTATUA DE EÇA DE QUEIROZ

EN cuántas claras y nítidas mañanas de esta primavera deliciosa de Lisboa—sin igual en Europa, á no ser en los resplandecientes inviernos de La Engadina, en Saint-Moritz, en Interlaken, ó en los inviernos fúlgidos de la *Côte d'Azur*, en Niza ó en Cannes—he descendido, lenta y regaladamente, la rúa d'Alcristim, empinada y simpática, bajando en suave pendiente hasta el Caes do Sodre, oficialmente plaza del Duque de Terceira!...

Encierra esta calle un encanto recóndito de calle de ciudad marítima; desde lo alto de ella se ve el río y los vaporcitos de la *Parceria de Vapores Lisbonenses*, que salen del Caes do Sodre para atracar á la *outra banda*, á los pintorescos pueblecillos de Cacilbas y Aldeagallega; ese río que en las claras mañanas de sol se espeja y abrillanta... Al comienzo de la calle—sembrada por tiendas de anticuarios, *antiquity-shops*—se abre una pequeña plazoleta; el *Largo do Barão de Quintella*, encuadrado entre la animada rúa do Alecrim y la melancólica rúa das Flores; y prolongándose luego en la pina y ancha travesía do *Sequeira das Chagas*, una de esas calles clásicas de Lisboa con portones siempre cerrados, con ramajes de árboles asomando las cabezas curiosas sobre un muro de quinta, con balconcitos de baranda, por donde á veces salen también—muy de tarde—cabecitas curiosas de *meninas lisboetas*... Calle silenciosa como la que Eça ha descrito para escenario de la heroína de *O Primo Basílio*. Frente al monumento del sublime novelista se alza un caserón aristocrático, siempre cerrado, un caserón de hidalgos sólidos de provincia, tal como el caserón de los Barrôlos, en Oliveira, que él ha descrito en *A Ilustre Casa de Ramires*, «con su hidalga fachada de doce balcones»...

Es el palacio de los Carvalho Monteiro, donde se alojó el mariscal Junot en la primera invasión del Reino (1808), cuando el águila napoleónica se clavó por vez primera sobre la pequeña presa lusitánica... Propiedad del barón de Quintella, que fué un filántropo, uno de los que contribuyeron á fundar el teatro de San Carlos, está hoy siempre cerrado, y con su fisonomía severa y grave entona aquel pasaje de Lisboa en que vive con la vida inmortal del mármol el creador de *Os Maias*...

Obra del escultor Teixeira López, no es ninguna maravilla de técnica y de ejecución. El escultor tiene obras mejores en su haber artístico; por ejemplo, *A viuva (La viuda)*, que adorna el vestíbulo del Museo das *Janellas Verdes*. Pero aunque Teixeira no haya sido nunca un Soares dos Reis—el más grande escultor portugués, el único que ha tenido el genio moderno—, ha logrado dar una cierta distinción á la figura de Eça de Queiroz y gallardía á la Verdad semidesnuda... El novelista sostiene en sus brazos (ó parece más bien ir á recogerla) la Verdad medio desnuda, velada por el cendal de la fantasía... *Sobre a nudez forte da Verdade, o manto diaphano da phantasia*, como se dice en el epígrafe de *A Reliquia*... Eça con-



Monumento á Eça de Queiroz, en Lisboa

templa á la Verdad con su atenta mirada algo irónica...

Pero fijáos bien en un detalle, que es un mero acierto casual del artista, un achaque de las dificultades de ejecución, por considerarlo *no escultórico, no plástico*: Eça no ostenta su característico monóculo... En este acierto eventual, que hay todo un símbolo, á mi ver... ¡Eça no llevaba monóculo, no; era el único momento de su vida en que Eça no se ponía el monóculo bajo el arco subciliar, cuando se encontraba con la Verdad y la contemplaba frente á frente!... La miraba cara á cara—como las águilas miran al sol—, sin auxilio del lente maligno y mundano, lente de ironía y de salón, de artificialismo y de sociedad, de elegancia y de *brummelismo*. A la Verdad la miraba Eça con sus propios ojos, con esos ojos que se había de comer la tierra, como dice el pueblo en España.

Por eso, porque miró á la Verdad frente á frente, mereció el nombre de realista. Y por eso también, porque tenía el valor de mirarla en toda su crudeza y en toda su desnudez, logró la consagración de artista... Y por eso también dejó esa galería de figuras inmortales—que sus paisanos no le perdonarán nunca, pero que la Humanidad no le agradecerá bastante *por su belleza y por su verdad*—: D.^a Patrocínio das Neves, la beatería empalagosa y ñoña; el Padre Pinheiro y el Padre Casimiro, la avaricia y la simonía eclesiásticas; el pomposo doctor Margaride de *A Reliquia*, el inenarrable consejero,

encarnación del ritualismo y del énfasis oficial; la beatería mogigata, menos áspera y *rabugenta* que la de doña Patrocínio, pero más estúpida, de D.^a Felicidade; la literaturilla vacua y *reles*, encarnada en el pobre Ernestinho; la mala educación de la mujer lisboeta, en Luisa; la borrachonería en Sebastião—de *El Primo Basílio*—; la vacuidad mental de los políticos, en el conde de Gouvarinho; la estolidez y necedad del *janota*, del chico *bien*, en Dámaso Salcede; la pompa teatral y huera de la oratoria, en Rufino; el periodismo libelista y chantageista, mezquino y bellaco, vilipendio de Portugal... y de España, de toda la Península, en Guedes; el foliculario de *A Trombeta*; la actitud paradójal y excéptica ante la vida, de João d'Ega; la nobleza y la distinción, en Carlos de Maia; en la novela más compleja de las suyas, *Os Maias*.

Toda esta obra demole-dora y verdadera está escrita en una prosa fastuosa de esplendor y de lujo oriental de imágenes, á ratos; otras veces, sobria, pura y fersa como un mármol de Paros, tal como la quería Vigny, y á veces en una prosa como *ainda não ha*, que soñaba Fradique Mendes.

Ante su estatua he ido en muchas de estas deliciosas mañanas abrilenas á releer esas páginas únicas en la literatura portuguesa, de una prosa cadenciosa y rítmica, que yo iba sintiendo elevarse como una melodía gloriosa, entre el atolondrado gorjear de los pájaros que revoloteaban sobre los árboles, estos árboles maravillosos que son el más grato ornamento de Lisboa...

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO
Abril, 1920.

EL SECRETO DE LA NOCHE



La sombra de una noche aterradora
ennegreció el camino del desierto;
resta tan sólo un rayo, casi muerto,
que, lánguido, se apaga y decolora.

Es la noche propicia al que enamora;
y se encuentran, al fin de un rumbo incierto,
dos almas que marchan hacia el puerto
de la eterna esperanza de una hora.

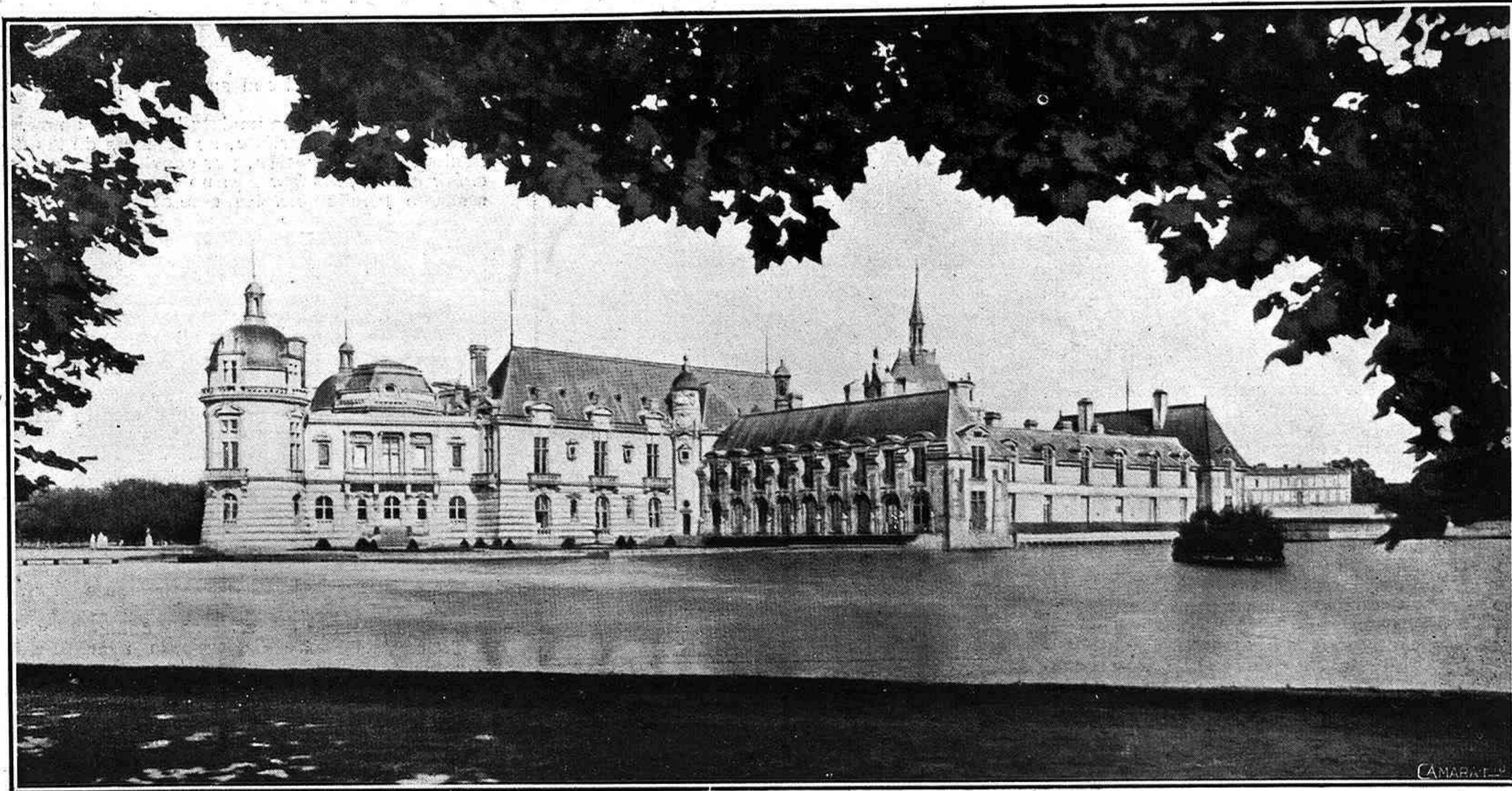
Ellas siguen su paso peregrino...
Por la infinita estepa del camino
un olvido de luna vaga inquieto...

y se extingue una grave serenata:
es un llanto, con lágrimas de plata,
que la noche guardaba en su secreto.

Manuel R. de ACUÑA

DIBUJO DE GUEZALA

El castillo de Chantilly, Museo de Condé



Lado Este del castillo de Chantilly

Para mis primos Leopoldo Matos y Pepe Lara

ESTE castillo de Chantilly que el mundo entero hoy admira, y que en su estado actual parece, visto en pequeño, un cofrecillo joyero cincelado por Benvenuto Cellini, debe su origen á Cantilius, caprichoso galo-romano que edificó su casa sobre una roca aislada entre aguas, en aquellos parajes.

Allí mismo, más tarde, los señores de Senlis, que habían de fundar más de un castillo señorial en Francia, fabricaron su mansión en pleno siglo x, siendo reconocidos por señores de Chantilly.

El último de los Senlis, Guillermo, vió su castillo saqueado á mediados del siglo xiv, y sus primos y herederos vendieron la propiedad á la casa d'Orgemont, gente advenediza, pero de gran mérito.

Toda la historia de Francia en aquellos tiempos repercute, esplendorosa y tristemente, en Chantilly, que ve sus huertas y bosques arrasados, que sufre todas las calamidades de la guerra, hasta que por nueva falta de sucesión pasa el dominio y señorío á manos de los Montmorency.

Con éstos empezó el verdadero esplendor del castillo, que vió ensancharse sus tierras y alcanzó inesperada influencia, particularmente hacia el primer tercio del siglo xvi, cuando fué su dueño el duque Ana de Montmorency, Príncipe culto y fastuoso, guerrero y galante.

Este duque, que no podía ser más francés de pura cepa, parece un Enrique IV, *le Vert Galant*. Como todo prócer de su alcurnia en aquella época, murió en la guerra, dejando á su viuda por dueña y señora de sus tierras y señoríos, después de haber amado como pocos, de haber sido el gran consejero de Francisco I, de haber sido el principal artífice francés del malhadado Tratado de Madrid.

Una de las épocas más interesantes de Chantilly fué la de la viuda del duque Ana de Montmorency, Magdalena de Saboya, cuyo duelo fué tan fastuoso, que en la historia de Francia no hallamos otro que se le pueda comparar más que el luto «diplomático» de Luis XIV por su suegro, Felipe IV de España. Como tampoco hubo otro tan sentido.

El ya nombrado Enrique IV era grande amigo de Chantilly, y quiso comprar la propiedad á su dueño; pero el duque le respondió:

—El precio lo fijaréis vos, Señor; la única condición que impongo es la de que seré portero del castillo.

Su Majestad comprendió, y respondió:

—Veo y comprendo que no podré ser nunca propietario de Chantilly.

Y no lo fué.

Propiedad de la Corona de Francia tenía, sin embargo, que ser Chantilly, y lo fué en 1632, cuando la cabeza del duque Enrique II cayó bajo el hacha del verdugo, ó más bien bajo el odio de Richelieu, contra quien había tenido el valor y la osadía de conspirar.



EL GRAN CONDÉ

Luis XIII quedóse con Chantilly, donde pudo satisfacer á sus anchas su gran pasión por los animales, en forma de cacerías. Aquella su pasión, que de niño se manifestaba en él, haciéndose llevar al Louvre liebres vivas, para hacerlas perseguir por los perros á través de los pasillos de palacio; haciéndole criar un jabato en las cocinas, y hasta teniendo gorriones amaestrados que cazaban moscas y mariposas tanto en sus alcobas como en los jardines de las Tullerías.

Pero luego Luis XIV dió á la regia mansión el más digno y alto destino que pudiera tener: El Rey Sol regaló el señorío á la madre del Gran Condé, en reconocimiento á los eminentes é inolvidables servicios que el príncipe de la casa de Borbón había prestado á su casa ganando la batalla de Rocroy y tomando la ciudad de Thionville.

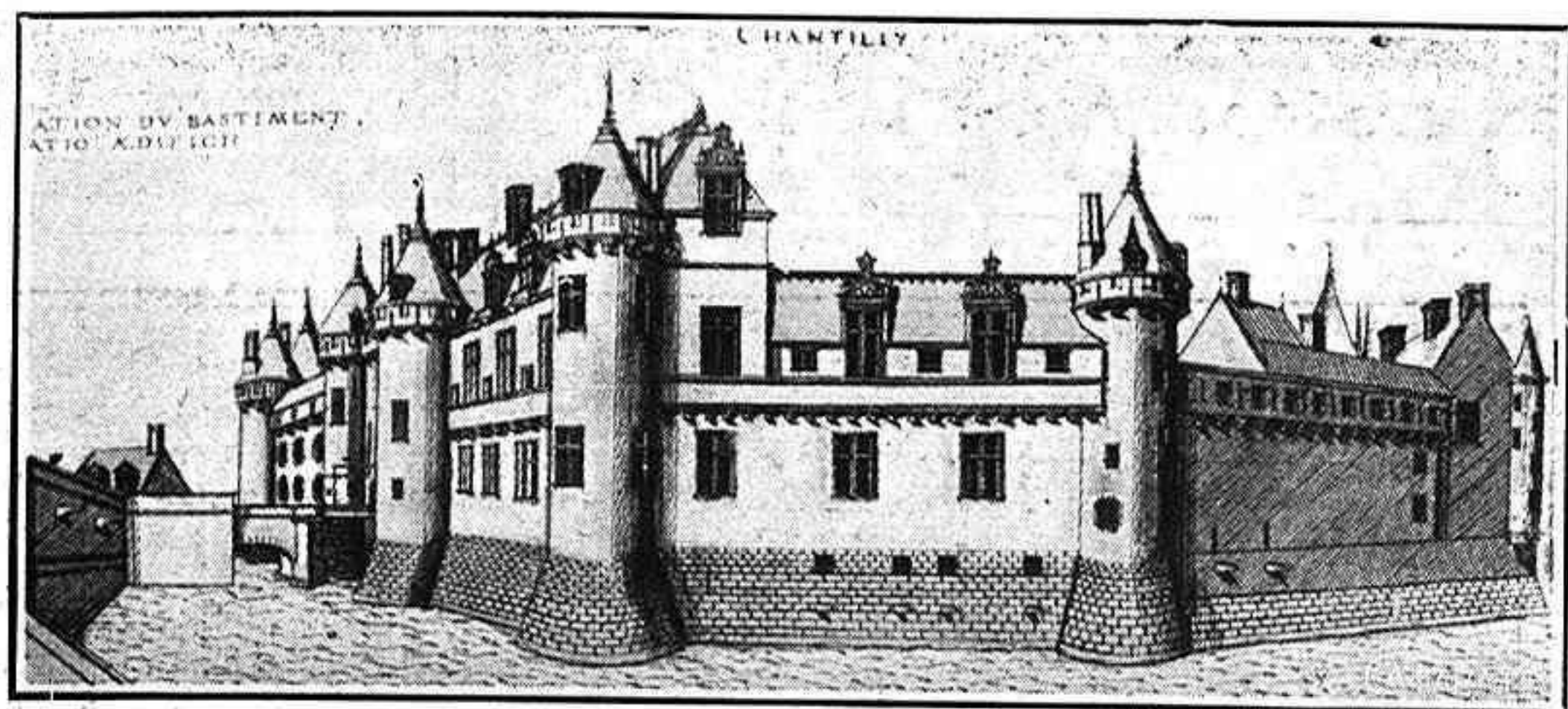
Fué entonces la gran época de Chantilly. Los mejores ingenieros y arquitectos de Francia acudieron al llamamiento del gran magnate. Le Notre, como descanso del plantío de los jardines y parques de Versailles, se ocupaba de Chantilly, bajo la inteligente y severa mirada del viejo príncipe, del Gran Condé; Mausart construía pabellones, y Moliere iba á representar comedias... Y surgen las grandes alamedas, los canales, las bombas elevatorias, que nada tienen que envidiar á las que Marly acababa de instalar en Versailles. Toda la gran maravilla, en fin, en que el Gran Condé se mostró tan magnífico y sabio en la paz, como eficaz y triunfante en la guerra. Todo un Napoleón.

ooo

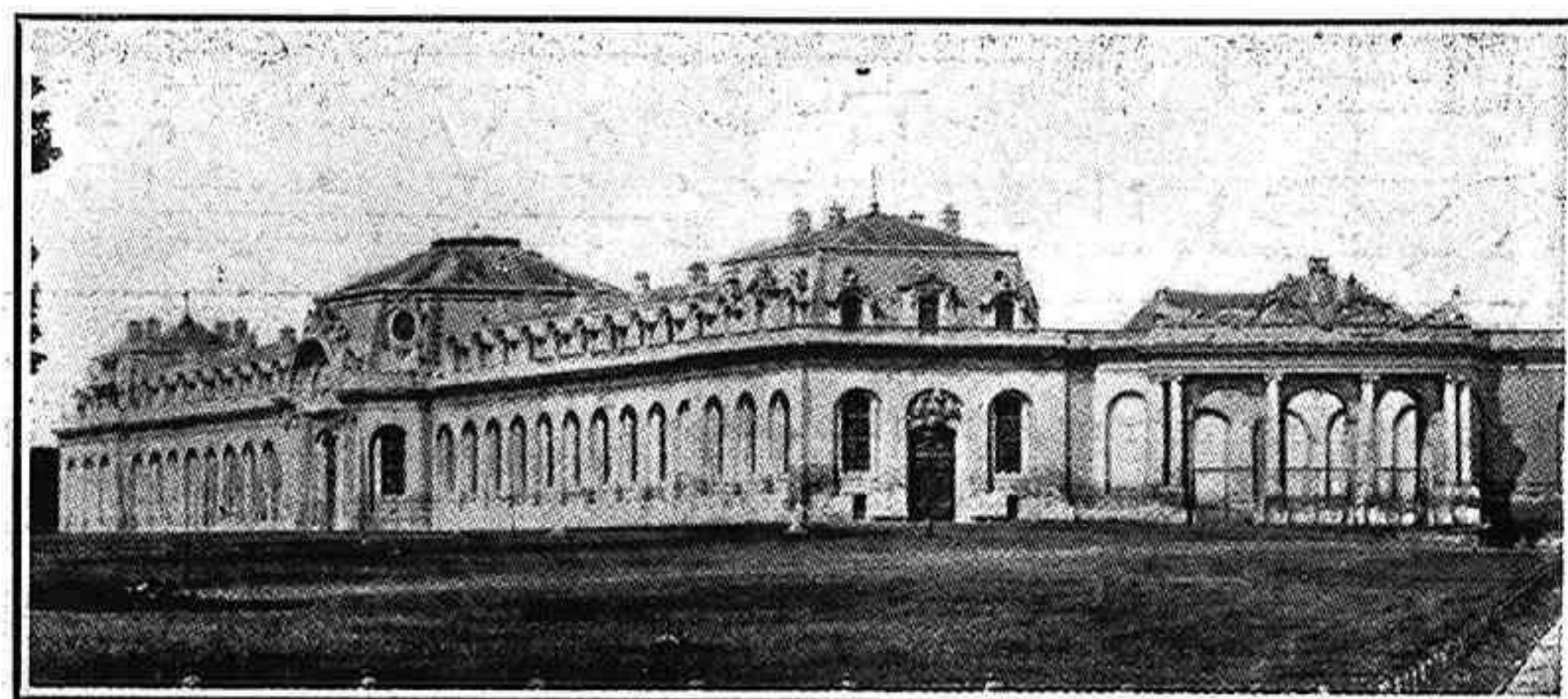
El Gran Condé tenía grave querrela contra su señor el Rey Luis XIV.

A pesar de las reiteradas invitaciones de su gran condestable y capitán de sus tropas, Su Majestad no había puesto los pies en Chantilly desde su primera infancia, cuando el señorío era patrimonio real. Tuvo, al fin, el Rey Sol la dignación de ir de Versailles á Chantilly con toda su corte, de la que formaba parte la exquisita marquesa de Sevigné, quien en cartas á su hija nos cuenta á maravilla la encantadora jornada, con sus músicas, sus fiestas, sus pastorales, sus cacerías...

En una de estas cacerías topó el Rey con el



El castillo de Chantilly en el siglo XVI



Una vista de las grandes cuadras

equipo de caza de uno de sus grandes vasallos, invitándolos á todos á la mesa de Condé para aquella noche.

A las diez, cuando el Rey estaba ya retirado en sus habitaciones y entretenía el tiempo en juegos hasta la hora de acostarse, llegó la nueva de que Vatel, el maestresala (*maitre-hôtel* dicen los «elegantés» de hoy) ... el espejo de maestresalas, había intentado suicidarse, porque en una de las mesas había faltado asado de carnero. Se pudo impedir el atentado; pero á la siguiente mañana, á las diez, no había llegado el pescado; y como en la cabeza de Vatel no había hueco para la idea de ofrecer al Monarca un programa de almuerzo sin pescado, apoyando el pomo de su espada contra la pared, se atravesó el pecho, muriendo en seguida. Lo peor fué que el pescado llegó á poco.

Madame de Sevigné trata, sin embargo, de darnos á entender que la verdadera causa del suicidio fueron ciertos contrariados amores.

Fuera de las preocupaciones de la guerra, se consagraba el Gran Condé á su ocupación favorita en la paz: el embellecimiento y ensanche de Chantilly. Y no solamente adquirió todos los terrenos colindantes, sino que hasta fundó la ciudad del mismo nombre, para lo que regaló el terreno, y obtuvo de Su Majestad la exención de impuestos y otras mercedes y privilegios.

El Príncipe fué en persona á fijar el sitio en que se había de elevar la iglesia, en torno á la cual pronto empezaron á levantarse hospederías y hotelitos privados que servían de albergue á las nobles familias que de París y Versalles iban á visitar el castillo de que madame de Lafayette decía: «De todos los sitios que el sol alumbraba, ninguno se asemeja á éste»; cuando no iba el señorío á las grandes fiestas ó las suntuosas cacerías.

ooo

Luis Enrique, duque de Borbón y ministro de Luis XV durante su minoría, fué muy discutible como estadista; pero como digno sucesor del Gran Condé en Chantilly, fué un gran hombre.

De los años 18 al 40 del siglo XVIII, durante los cuales fué propietario de Chantilly, no hubo en el castillo y sus alrededores más que fábricas. Su mejor obra fué acaso la de las suntuosas cuadras. ¡Las cuadras de Chantilly! Ellas solas valen por todo un señorial palacio.

Pedro el Grande de Rusia era un rudo y austero hombre de guerra. Durante la minoría de Luis XV, cuando apenas estaban acabadas las grandes cuadras de Chantilly, aquel Zar vino á Francia. No quiso vivir en los suntuosos apartamientos que se le habían preparado en el Louvre; y en casa del duque de Villeroy, preceptor de Luis XV, y que como tal vivía en Palacio, no quiso ocupar la alcoba que le estaba destinada, sino la de su camarero, quien hubo de dormir en la cama destinada á su imperial persona.

Pedro el Grande, aunque poco amigo de fastos y suntuosidades, quiso ir á Chantilly; mas no para ver el castillo, sino las cuadras, la estupenda colección de caballos.

Para el caso, se convino en que se almorzaría en el castillo y luego se visitarían las cuadras.

El comedor era una amplia sala, tapizada y alfombrada por los Gobelinos. Acabado el almuerzo, paseábanse las grandezas por los plafones de verdura, cuando, con asombro, vió el Zar que los mozos de cuadra traían del cabestro á los caballos y los introducían en el local del almuerzo. S. M. el Zar de todas las Rusias había almorzado en las cuadras de Chantilly, en compañía del heredero de los Príncipes de Condé y de la flor de la nobleza de Francia. Y los tapices de los Gobelinos no hacían más que disimular los pesebres.

Muerto el duque Luis Enrique, le sucede, á los cuatro años de edad, Luis José, bajo la tutela del conde de Charolais, su tío.

Llegado á la mayoría de edad, el nuevo Príncipe de Condé supo mostrarse digno heredero del nombre.

Llevó á cabo grandes obras, entretenía compañías de buenos cómicos, fomentaba las artes, daba fiestas de que se habla en papeles de

crónica. Luis XV llevó un día á la Du Barry á ver el castillo, casi de incógnito, y más tarde, con todo fasto, llevó á la Reina y las Princesas, «mesdames de France».

ooo

Vienen luego los días imponentes y sombríos de la Revolución. El Príncipe dió la señal de la gran emigración, y el castillo fué despojado de toda su inmensa riqueza artística, que fué transportada á París y perdida.

Al volver el Príncipe del destierro, en 1815, Chantilly era casi una ruina; hasta sus tierras habían sido parceladas y vendidas. Pero él logró reintegrar la propiedad, que á su muerte, sin heredero forzoso, pasó, por su voluntad, á manos de Enrique de Orleans, duque d'Aumale, hijo del Rey Luis Felipe y sobrino y ahijado del último Condé.

El duque d'Aumale fué digno heredero de los Condé. Todo lo reconstituyó, adquirió las portentosas colecciones artísticas, y las bibliotecas, y los muebles, incluso los del castillo de Neuilly.

Un grande amigo mío, sin tratar de hacerlo, habló un día con el duque d'Aumale.

Con dos compañeros se acercó al cuerpo de guardia del castillo solicitando autorización para visitarle.

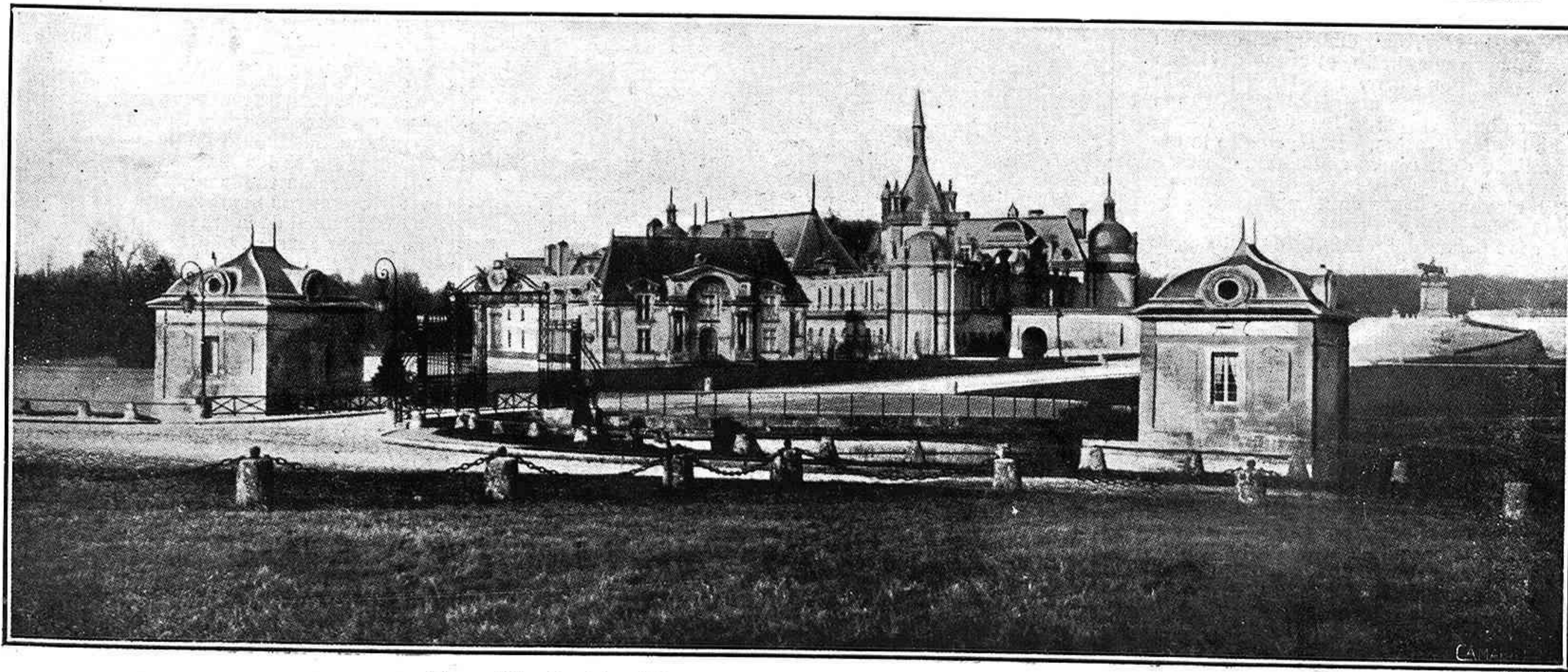
Antes de salir, cuando habían acabado la visita, un servidor del duque d'Aumale los condujo á un gabinetito, donde les sirvió un vaso de vino y unos pastelillos. Como se excusasen los tres amigos, el familiar les dijo, con un servilismo importante:

—De casa de monseñor el duque d'Aumale nadie sale sin probar bocado.

Y los tres amigos brindaron por la salud del duque.

¡Brindis ineficaz! Poco después moría el venerable anciano, sin familia directa, legando el castillo y señorío de Chantilly á la Academia Francesa para que fuese convertido en Museo de Condé, como ha sido hecho.

RAFAEL DE MESA



El castillo de Chantilly, en la actualidad, visto desde la entrada

EL VIEJO PARÍS

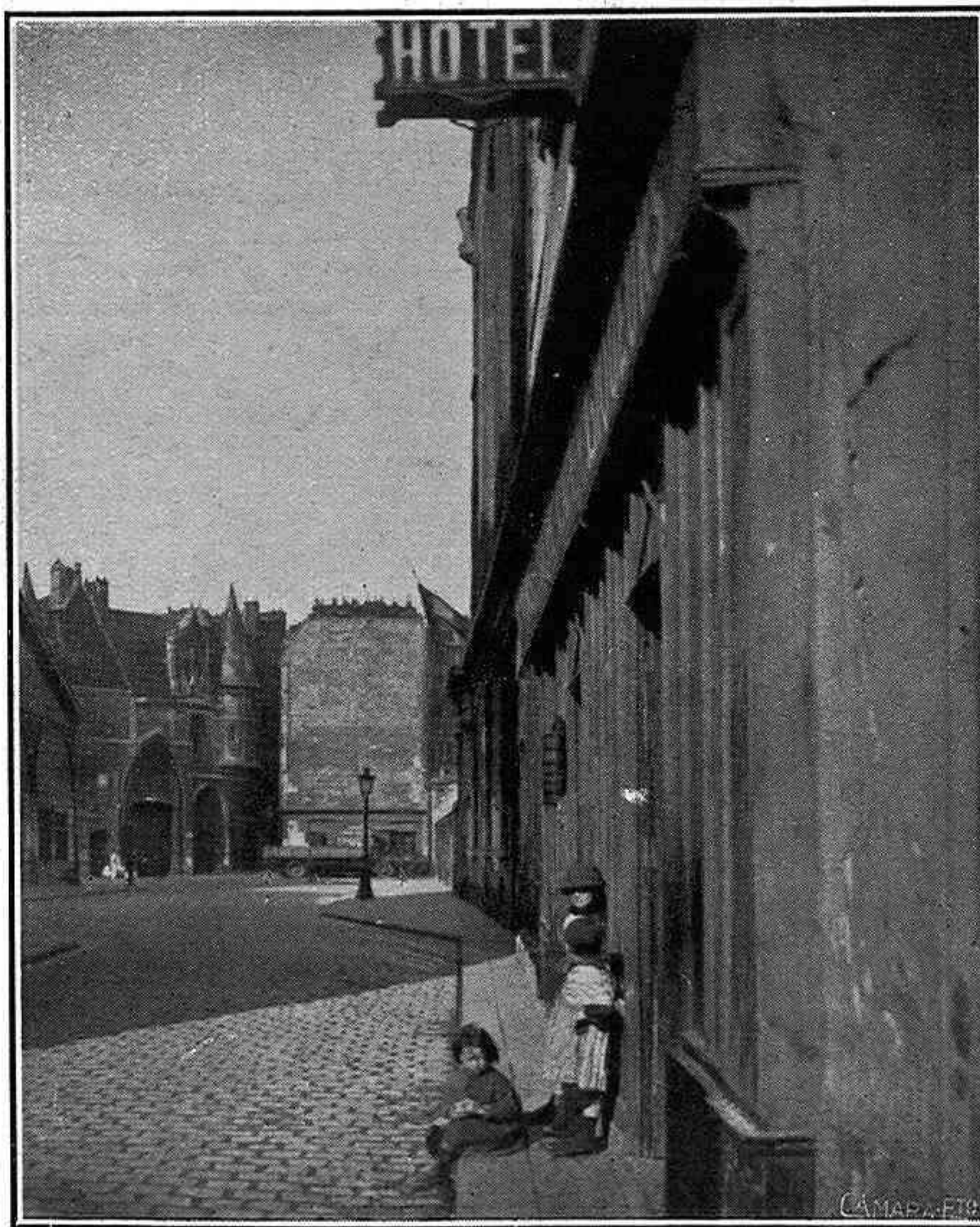


Atardecer en la Cité



La Bastilla

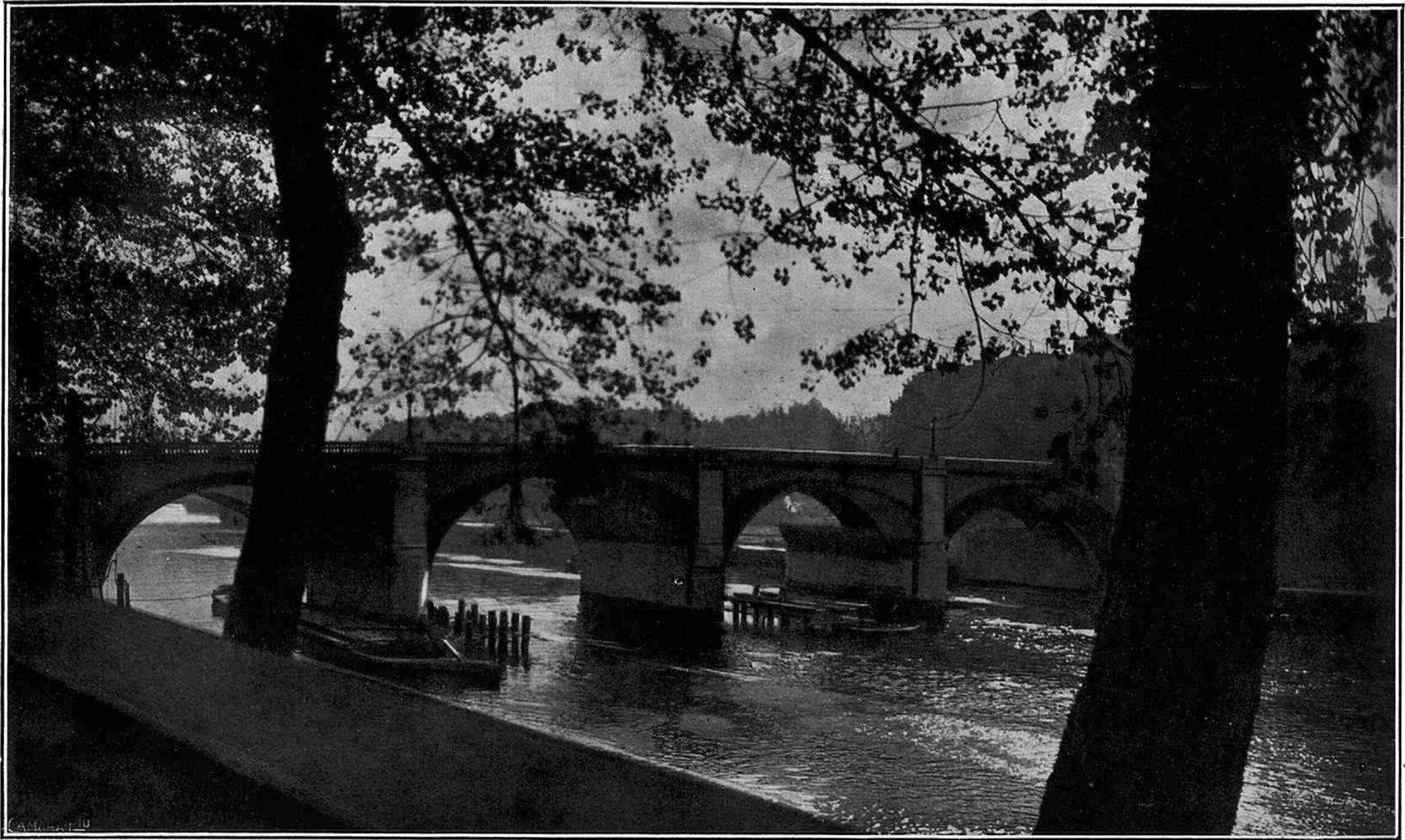
PARA el espíritu romántico, el viejo París, sustraído en mucha parte á las transformaciones modernas, ofrece aún mayores atractivos y le habla con mayor elocuencia que la urbe contemporánea con todos sus esplendores. Un lugar bien representativo de los buenos viejos tiempos de Lutecia es la isla de la *Cité*, que embaraza, como un gran barco encallado, el curso del Sena á su paso por París. Esa *Cité*, parte la más antigua de la metrópoli gala, fué el lugar donde clavarón las águilas romanas los legionarios, estableciendo la capitalidad de la nueva conquista, que conservaron después los Reyes francos. Allí elevaron éstos un templo principal y el palacio de sus mayores. Centro de la urbe durante la Edad Media, donde se concentraba toda la vida política, religiosa y comercial de París, vió levantarse en su recinto, no sobradamente espacioso, la famosa catedral metropolitana de Nuestra Señora; la Santa Capilla, cuya fundación se debe á San Luis; el Hotel Dieu, destinado en un principio á hospedar pobres y peregrinos, y el claustro de *Notre Dame* ó Casa de Canónigos, célebre en la historia de la Universidad. No menor fuerza evocadora tienen para el poeta esa calle típica del Ave María, con sus restos de arquitecturas de la décimoquinta centuria; el característico puente de la Tournelle; la calle Lagrange, donde, como en la castiza plaza de la Cebada madrileña y bajo la mirada tolerante, plena de *bonhomie* del buen *sergent de ville*, las verduleras parisinas establecen sus carretoncillos desde las primeras horas de la mañana esperando la clientela madrugadora.



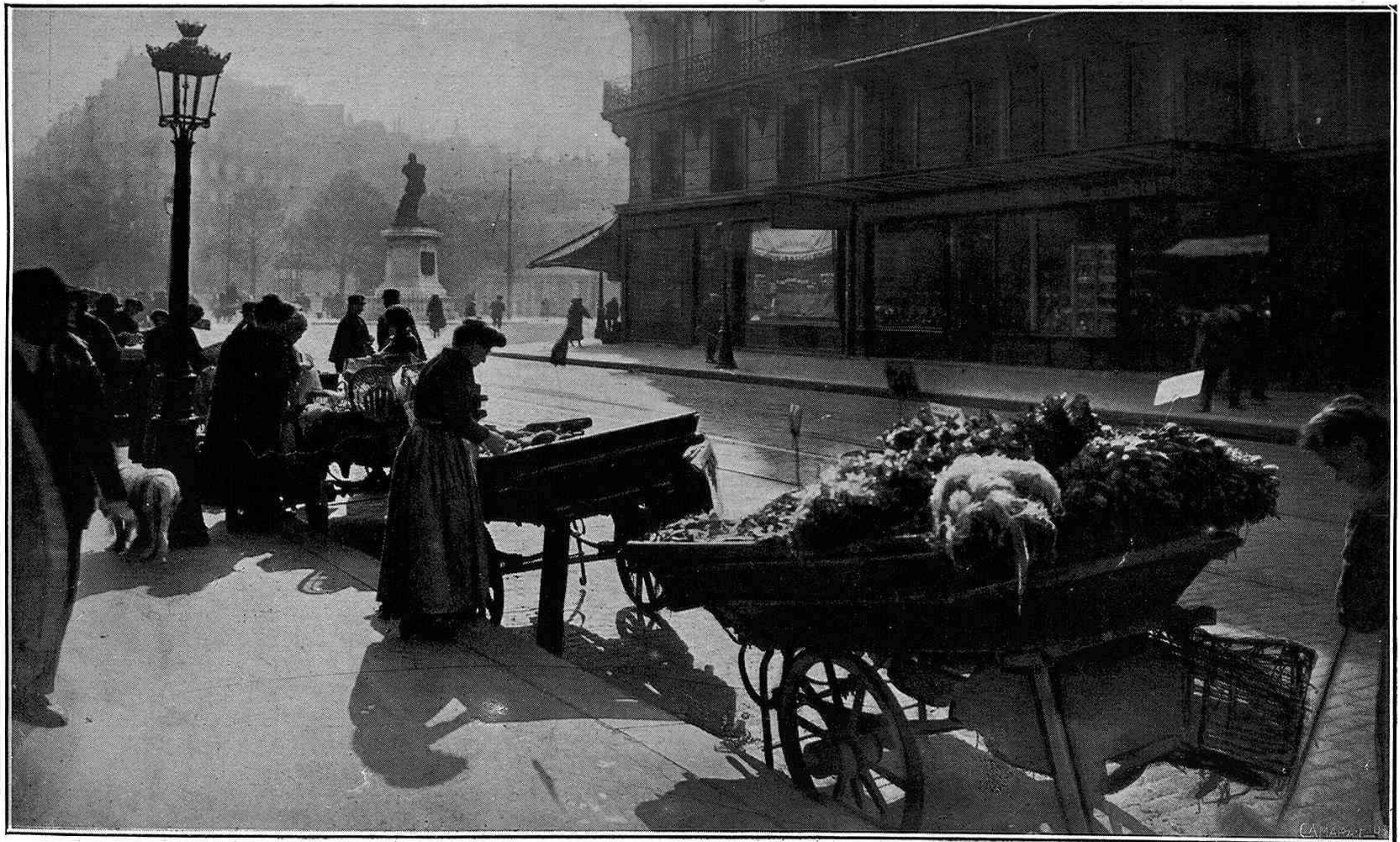
Calle del Ave María

Completa nuestra información del viejo París un lugar no menos abundante en recuerdos. Es la anchurosa plaza de la Bastilla, con su columna conmemorativa, y cuyo vasto perímetro ocupó hasta su demolición la trágica fortaleza del mismo nombre, atacada por el pueblo de París durante la revolución francesa.

Al cruzar hoy la vasta esplanada, en un bello y soleado día de primavera, es difícil sustraerse á la rememoración de aquellos otros tenebrosos en que se erguía amenazadora y siniestra la famosa prisión de Estado de la puerta de San Antonio. Y lentamente desfilan por la imaginación todas aquellas figuras históricas cuyos nombres van estrechamente unidos al de la trágica fortaleza. Y son Etienne Marcel, el preboste de la ciudad de París, asesinado en 1368 ante las mismas puertas de la Bastilla por los partidarios del delfín Carlos, y Juan de Armagnac, el que permaneció encerrado varios años en una caja de hierro y sólo volvió á ver la luz del día cuando los sicarios de la tiranía hicieron caer su cabeza ante el populacho de las *Halles*; y es la enigmática sombra del personaje conocido con el nombre de *Máscara de hierro*, muerto misteriosamente entre aquellos muros que el furor popular asaltaba el 14 de Julio de 1789, haciendo volar sus principales torreones y las puertas de sus mazmorras. Con los restos de la Bastilla fueron construídos los puentes llamados de la Revolución y de la Concordia. El 21 de Julio de 1831 el Rey Luis Felipe colocó la primera piedra de la columna conmemorativa, que puede verse en la fotografía correspondiente de la presente plana.



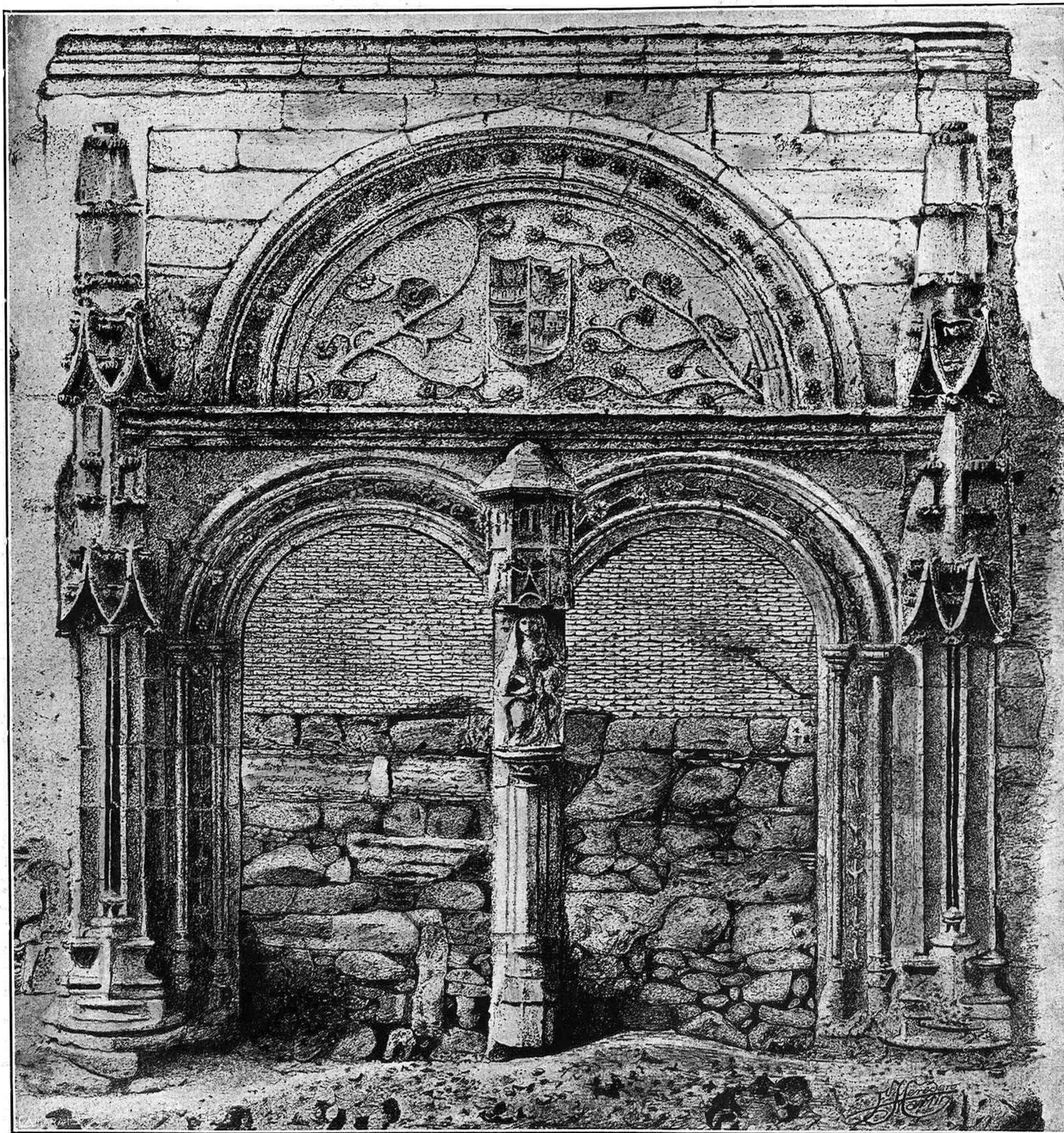
El Puente de la Tournelle



Vendedoras de hortalizas en la calle Lagrange

FOTS. MALOREY

MONUMENTOS ESPAÑOLES



Portada gótica del convento de Santa Escolástica, de Ávila

DIBUJO DE F. HEREDERO MARTÍN

Rica en monumentos arquitectónicos es Ávila, la castellana ciudad, donde, según la frase de un historiógrafo, «brotan los santos como las piedras». De sus dos principales joyas, la catedral y la basílica de San Vicente, nos hemos ocupado en otras ocasiones, reproduciendo en estas páginas algunas de sus salientes singularidades. Hoy registramos una de las más interesantes muestras de un arte que tantas magnificencias ostentó en España. De los numerosos conventos que poseía Ávila, consérvanse al presente los restos admirables de un bello ejemplar de la arquitectura característica de fines del siglo xv y comienzos del xvi. Es la portada del convento de Santa Escolástica, fundación del arcediano de Arévalo, D. Juan Sánchez, que, con la del cenobio de San Millán por el famoso y piadosísimo caballero Juan Núñez Dávila, dotó á la regla

cistersiense de dos notables lugares de recogimiento y oración. No debió ser habitado largo tiempo por religiosas, puesto que en 1505, esto es, á no gran distancia de la probable fecha de su edificación, pasó á ser hospital, por disposición y mandato de D. Pedro de Calatayud, deán de Ávila.

Del caritativo refugio sólo queda en pie la portada, obstruídos sus dos gentiles arcos de medio punto, que flanquean agujas de gótica crestería, por recia muralla de mampostería y ladrillo. En el pilar divisorio de los arcos descansa bajo doselete la figura de la Virgen, revelándose en el adorno que circunda el escudo la influencia del estilo del Renacimiento. La iglesia debió ser, según se infiere de la escritura de fundación, otorgada en 1513, de no muy sobradas dimensiones.



LA SATISFACCIÓN

que os produce contemplar
vuestra hermosa cabellera
será eterna, si usais

PETRÓLEO G A L

Destruye la caspa, vigoriza
y da suavidad al pelo.

Frasco grande 4,50

Frasco pequeño 2,50

Idéa

NUESTROS MAESTROS LOS ANIMALES
Los dos nidos de la garza



(TRAGICOMEDIA ORNITOLÓGICA)

ACTO PRIMERO

(La acción en un valle pirenaico.)

EL ESQUIRUELO.—Esposa mía, cuando gustes puedes hacer la madriguera. Toma toda suerte de precauciones...

LA ARDILLA.—Esposo mío, no necesito advertencias. Sé cumplir con mi obligación. Aunque joven; fui muy bien educada por mis padres y no tengo nada que aprender de nadie.

EL ESQUIRUELO.—Esposa mía, no te encampanes ni te enojas por mis advertencias... Son todas en provecho de la familia que vamos a crear. Ya sé que no las necesitas, pero es que me pone nervioso el ver a nuestra vecina la garza haciendo su nido. ¡Hembra más ligera y aturdida!...

LA ARDILLA.—No irás a compararme con ella... ni por mis principios ni por mi inteligencia. Ella es ella y yo soy yo...

EL ESQUIRUELO.—Sí, sí. Pero contemplando a nuestra imprudente vecina, no puedo menos de asustarme por la prole que esperamos de nuestro amor. ¿Habrás visto estupidez igual? Mírala. No se parece al mirlo, supremo arquitecto que sabe confeccionar su nido tan ingeniosamente y con tan escogidos materiales, que se le confunde con el paisaje, hasta el punto de que lo estarás mirando y no le verás... Al contrario, nuestra lenguaraz vecina no se recata

de nadie, no procura disimular su habitación, dándole las formas y colores que la hagan invisible, ni pretende instalarla tras impenetrables velos de hojarasca. Ahí la tienes instalando el nido, a la vista de todos, en plena luz, sobre ese chocho desnudo... Y que lo construye pequeño...

LA ARDILLA.—Como canasta de lavandera. Para que lo descubran desde un kilómetro de distancia... Y no creas que lo hace así por inexperiencia, lo hace por ostentación. La morralla siempre es vanidosa... Nosotros, los aristócratas de la inteligencia, los listos por antonomasia, los construimos más lindos y, sin embargo, los escondemos... Es que a nosotros nos guía el amor a la familia, y a esa ralea, la jactancia...

EL ESQUIRUELO.—En el pecado llevará la penitencia. A estas horas sus enemigos, desde los chicos hasta nosotros, viéndola ir, venir, agitarse, trabajar, voltejar, escandalizar con sus fiestas y sus mimos a su esposo, todos tenemos igual pensamiento: cuando le nazcan los polluelos... ¡se los serviremos a los nuestros!...

LA GARZA (A gritos).—Esposo mío, trae más materiales. A ver si queda construido este nido de nuestros amores en esta misma jornada... Me parece que se ve bien desde todas partes... Y vamos, no dirán que lo construí villanamente... Creo que es bello de veras...

ACTO II

EL ESQUIRUELO (Bajando mohino del estrepitoso nido de la garza).—Pues, señor, no me lo explíco: el nido vacío.

LA ARDILLA.—Yo sí. Es que no eres tan listo como yo, y mientras tú vigilabas mal, otro enemigo de la garza se te ha adelantado y estará a la hora de ahora regalando a sus hijitos con el banquete que nosotros queríamos para los nuestros... Si hubiese vigilado yo...

EL ESQUIRUELO.—Mira, que al fin y al cabo, ar-

dilla eres tú y ardilla soy yo. ¡Qué manía la de las hembras creeros siempre más listas que nosotros los machos!...

LA ARDILLA.—Pues, mira, no me lo explico... A no ser... Sí, sí... Ya caigo; ¡la fantástica! ¿A que no sabes lo que ha hecho?... Pues construir ese nido para presumir de fecundidad..., y luego... ¡nada!...

EL ESQUIRUELO (Trepando al árbol donde tienen instalada su madriguera).—Oye, ¡qué extraño!... Nuestros hijos deben habernos oído llegar y no asoman el hociquito para ver qué golosina les traemos... Si algún enemigo hubiese llegado durante nuestra ausencia.

LA ARDILLA.—No seas cobarde. El nido estaba bien hecho é instalado en sitio inmejorable; ¡como obra mía!...

EL ESQUIRUELO (Asomando aterrado).—¡Hijitos míos! ¡Robados!

LA ARDILLA.—¡Hijos de mi alma! Si no puede ser.

EL ESQUIRUELO.—Pues ya lo ves, ¡así es!

LA GARZA (Saltando de lo más alto del árbol con dos crías de ardilla entre sus uñas).—Por esta vez os vencí... Vuestras crías me servirán para cebar a las mías...

LA ARDILLA (Indignada).—¡Las tuyas; eso quisieras, tenerlas! ¡Estérril! ¡Que no has hecho más que nido, pero no has criado!

LA GARZA (Chulona).—¡Que te crees tú eso!

LA ARDILLA.—Pero, ¿es posible? ¡Señora lechuza, usted que lo sabe todo! ¿Dice verdad esa deslenguada de urraca?

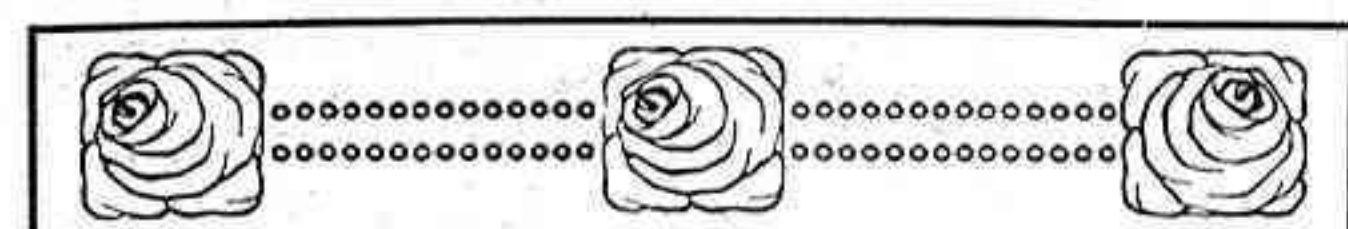
LA LECHUZA.—Sí, hija, sí. Solamente las águilas pueden construir su nido sin temor a ser vistas, porque nadie ha de poder alcanzarlo. Los demás debíamos imitar a la garza, que no en vano la llaman muchos picaraza, construyendo dos nidos, para despistar a nuestros enemigos. ¡Ah! Si yo hablase a hombres les diría: «Si sois genios, esconded en lo más íntimo de vuestra alma el ideal que más caro os sea, y alardead del que no os importe... De este modo, los envidiosos de la dicha ajena se arrojarán contra el falso ideal, deseosos de destruirlo, y, como la garza sus crías, lograréis el triunfo del ideal predilecto, sin lucha ni desasosiego, con toda comodidad...»

E. GONZÁLEZ FIOLE

DIBUJOS DE K-HITO



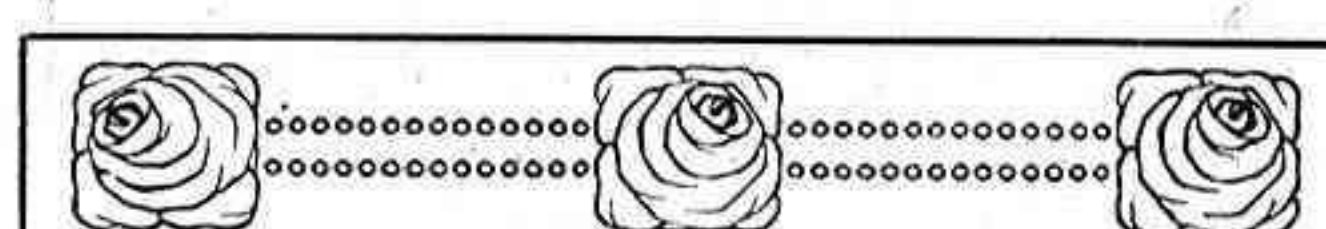
LA MODA FEMENINA



EN esta sección, en la que LA ESFERA viene presentando á sus lectoras cuanto de más nuevo y más *chic* han creado los más famosos modistos extranjeros, ofrecemos hoy á su consideración tres modelos de sombreros y otros tantos *saut de lit*, verdaderos alardes de buen gusto, y que se ajustan á la



La gentil artista del Teatro Reina Victoria, Teresita Saavedra, luciendo tres elegantes modelos de sombreros, creación de la Casa Tacoen, de Madrid



la cama, que se ciñe deliciosamente, dejando sentir el roce acariciador de la seda, mientras duran las tareas preliminares del tocado? Los modelos que ilustran esta plana, creación de la referida Casa Tacoen, con sus colores suaves y artísticos bordados, son lo más encantador que pudiera soñar la fantasía



dio de la moda las casas españolas, y de que este país, donde tantos artistas tiene su cuna, dejara de ser tributario del extranjero en tan importante artículo.

La gentilísima artista del Reina Victoria ha prestado su silueta armoniosa y su linda carita para lucir estos productos de la moda nacional, que contribuyen á realzar su peregrina belleza.

Nada tan atrayente, en verdad, como esos lindos sombreritos que encuadran un óvalo delicioso y dejan en la sombra el negro de unos ojos hermosos.

¿Y esos saltos de cama? ¿Hay algo más agradable que esas ligeras vestiduras con que la mujer elegante cubre su cuerpo al saltar de



más rigurosa exigencia de la moda. Unos y otros han sido confeccionados por la española Casa Tacoen (Marqués de Cubas, 8), de Madrid, que al ofrecérselos para su publicación nos ha hecho resaltar este detalle, de indiscutible importancia para nosotros.

Hora era ya de que concurrieran al esta-

mas exaltada. Nuestras elegantes están de enhorabuena, pues en la Casa Tacoen encuentran cuanto pueden desear, que antes tenían que buscar en el extranjero, y también lo está LA ESFERA al poder ofrecer á sus lectoras las primicias de estas bonitas novedades.

LORD DERBY



Teresita Saavedra, ataviada con unos preciosos saltos de cama, creados por la Casa Tacoen, de Madrid

UN NUEVO ESTABLECIMIENTO EN MADRID

En estos últimos días se ha inaugurado un establecimiento dedicado á la venta de sombreros de todas clases para señoras, caballeros y niños, situado en la calle de Alcalá, 12. La razón social, bajo la que gira la nueva entidad, es la de Franco y Romero, S. en C., quienes tan sólo desean del público se sirva visitar su establecimiento con entera libertad y sin compromiso alguno, pudiendo examinar los artículos que en el mismo se venden. No está dedicada la Casa á la venta de sombreros tan sólo, sino que también existen otros artículos similares: gabardinas, bastones, paraguas, corbatas, etc. De to-



Interior de la sombrería de Franco y Romero



Portada de la nueva sombrería de Franco y Romero, establecida en la calle de Alcalá, núm. 12

dos los artículos, tanto nacionales como extranjeros, garantizamos á nuestros clientes en su confección y calidad; pues, á tal efecto, las compras se han hecho directamente por los dueños, habiendo hecho el correspondiente viaje, realizando las adquisiciones en París, Londres, Alejandría, etc...; viaje que será repetido todos los años en la época más conveniente, para servir á nuestros favorecedores en las condiciones que ellos mismos nos impongan.

No desconocen los dueños de este local lo escabroso de la lucha comercial en Madrid; pero están animados de un gran deseo de trabajar con fe, y en esto, juntamente con la benevolencia de sus favorecedores, confían tan sólo para vencer tales resistencias, esperando que el éxito corone su esfuerzo.

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA ESPASA EUROPEO - AMERICANA

Hijos de J. Espasa, editores = **BARCELONA** = Calle de Cortes, 579 y 581

Es la obra mejor ilustrada del mundo. — Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada. — Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades. — Se suscribe en las principales librerías y centros de España y América



La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género, así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable
antes de adquirir un diccionario enciclopédico

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



PECHOS CIRCASIANAS, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencia médica. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Licó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.



DELEGACIÓN DE
"PRENSA GRÁFICA"
 EN PORTUGAL:
D. Alejo Carrera
 Rúa Aúrea, 146,
 LISBOA
 Rúa Santa Catarina, 53,
 OPORTO

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cént. en toda España

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
 Camisas, Guantes, Pañuelos,
 Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.



Tendidas sobre el lecho,
 cojines y sillones,
 hay flores, joyas, plumas,
 encajes y crespones;
 y tintes y perfumes,
 sombreros y vestidos,
 en especial desorden
 por el suelo esparcidos.

De tanta algarabía
 la causa no se ignora:
 contóla una doncella,
 culpando a su señora.
 «Al hacer su tocado,
 p odújole locura
 encontrar á faltar
 la crema PECA-CURA,
 que yo, *distraidamente*,
 como buena doncella,
 habíame aplicado
 á fin de ser más bella.»

Jabón, 1,50. — Crema, 2,40. — Polvos, 2,40. —
 Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,75,
 5,50, 9 y 15 pesetas, según frasco. — Loción
 para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
 Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO,
 ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE
 ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
 MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
 Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
 estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

TINTAS
 LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
 GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 70 BARCELONA
 Despacho: Unión, 21



¿Quiere usted
 aprender idiomas?
 Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará
 mejor

ANISADO EXQUISITO

"Las Cadenas
 de Navarra"

COSECHEROS Y EXPORTA-
 DORES DE VINOS:

HIJOS
 DE

Pablo Esparza

VILLAVA
 (Navarra)

REPRESENTANTE EN MADRID:

D. José Doria,
 SILVA, 6, 1.º

TELÉFONO 59-09



LO MEJOR PARA LA BOCA
ALCOHOLATO
 ELIXIR DENTÍFRICO
CURA DOLOR DE MUELAS
 Carmen, 10. Alcoholera

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
Librería de San Martín
 Puerta del Sol, 6 MADRID



Después del baño todos los niños deben usar los
POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER.

Dejan sus cuerpecitos fresquísimos y suaves. Les privan de los escocidos, irritaciones del cutis, granos, asperezas. Están recomendados por los doctores y médicos de más renombre.
JABÓN CALBER. Es balsámico, de perfume distinguido y el de más duración.

AGUAS DE COLONIA CALBER, ORIENTE FLORIDO, LAS MENINAS, MARAVILLAS DE ESPAÑA. Son productos admirables de la

PERFUMERÍA HIGIÉNICA CALBER

San Sebastián